



SERVICIO SECRETO



ELLA PENDIA DE UNA SOGA
keith luger

Me despertó el timbre del teléfono.

Tras soltar una retahíla de imprecaciones, porque apenas hacía una hora que me había dormido, atrapé el auricular.

—¿Sí?

—¿Steve Bannion?

—Yo soy. ¿Quién llama?

—Teniente Milton Reywall, de la Brigada de Homicidios. Creo que me debe recordar. Nos conocimos hace cosa de un año...

—Sí, teniente. Lo recuerdo... Pero me imagino que no me llama a las dos de la madrugada para hablarme de aquello.

—No se enfade, Bannion.

—Adelante, teniente.

—¿Conoce a un individuo cuyo nombre es Sam Byrd?



Keith Luger

Ella pendía de una soga

Bolsilibros - Servicio Secreto - 630

ePub r1.0

Lds 10.10.17

Título original: *Ella pendía de una soga*

Keith Luger, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



Ella pendía de una soga

por KEITH LUGER



CAPÍTULO PRIMERO

Me despertó el timbre del teléfono.

Tras soltar una retahíla de imprecaciones, porque apenas hacía una hora que me había dormido, atrapé el auricular.

—¿Sí?

—¿Steve Bannion?

—Yo soy. ¿Quién llama?

—Teniente Milton Reywall, de la Brigada de Homicidios. Creo que me debe recordar. Nos conocimos hace cosa de un año...

—Sí, teniente. Lo recuerdo... Pero me imagino que no me llama a las dos de la madrugada para hablarme de aquello.

—No se enfade, Bannion.

—Adelante, teniente.

—¿Conoce a un individuo cuyo nombre es Sam Byrd?

—Sí. Creo que lo recuerdo. Yo mismo lo mandé a la cárcel, pero eso fue hace cinco años. Lo condenaron a perpetuidad. Pude probar que había intervenido en la muerte de un pandillero.

—Bien, Bannion. Lo necesitamos.

—¿Para qué?

—Su apartamento está en el bulevar Torrance. Sólo tiene que agarrar —un taxi o su coche y venir hacia Lakewood, justamente al costado derecho del aeropuerto internacional de Long Beach. Le será fácil.

—Oiga, teniente, quiero dormir... ¿Qué le parece si paso mañana por el Precinto?

—No, Bannion. Ha de venir. Aquí está su amigo Sam Byrd..., muerto. Durante un rato no dije nada.

—¿Sigue ahí, Bannion? —preguntó el teniente.

—Su noticia no me desmayó, teniente, si es eso lo que esperaba.

Pero ¿qué pasó con Sam Byrd? ¿Escaló el muro de la cárcel?

—No. Salió de la prisión de San Quintín por la puerta grande.

—¿Lo amnistiaron?

—No sea irónico, Bannion.

—Perdone, teniente.

—Sam Byrd salió de la prisión mediante una hábil estratagema, cubriéndose con las vestimentas del padre

O'Flanagan,

que presta sus servicios espirituales en la prisión.

—Sam Byrd siempre tuvo afición a los disfraces.

—¿Cómo no se enteró de su fuga? Lo publicaron los diarios esta tarde.

—Llegué a las nueve de Chicago. Puede comprobarlo en la lista de pasajeros de la TWA, vuelo 876. No tuve tiempo para leer la Prensa. Estaba muy cansado, ¿sabe, teniente?

—Sí, ya lo dijo. Ande, lo esperamos.

—Permítame una pregunta previa, teniente. ¿Por qué me eligen a mí? Yo terminé ya con lo de Sam Byrd.

—Sam fue quien lo eligió esta vez a usted.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—A Sam Byrd le metieron trece balas en el cuerpo, toda una ráfaga. Cayó junto a la tapia de un solar. A unas cien yardas de allí vive un vagabundo cuyo nombre es Huck Jordan. Fue él quien oyó el tableteo y quien nos avisó... Apenas llegamos, distribuí a los muchachos para que observasen los alrededores. Uno de ellos encontró un sobre un poco abultado. Dentro había dinero, dos mil dólares. Todavía quedan polis honrados.

—Enhorabuena, teniente.

—Junto con los dos mil dólares había un papel en el que, al parecer, Sam Byrd escribió algo. Creo que le interesa a usted.

—¿Qué escribió Sam Byrd?

—Se lo voy a leer, Bannion. —Hubo una pausa y el teniente leyó:

«En caso de que me maten, estos dos mil dólares son para pagar los honorarios del detective privado Steve Bannion. Su misión consistirá en atrapar a mis asesinos».

Firmado: Sam Byrd.

—¿Es eso todo?

—Sí, Bannion. Se acabó.

—Bueno, teniente, me daré toda la prisa que pueda.

—Sabía que vendría.

Quince minutos más tarde saqué el coche del garaje y me puse en camino. Vi las luces de los focos de la policía desde lejos.

Un agente de cara hosca se interpuso y me di a conocer enseñándole la credencial. El tipo le echó una ojeada y soltó un salivazo al suelo. Era muy delicado.

—Pase, sabueso —dijo.

El teniente Reywall me salió al encuentro.

Era alto, rubio y frisaba en los treinta y cinco años. Cambiamos un apretón.

—Gracias por haber venido, Bannion —dijo.

—No hay de qué, teniente.

Hizo una señal con la mano y fuimos juntos hacia la parte donde estaban fijos los focos de los coches.

Sí, allí estaba Sam Byrd. Era un despojo. Pero ya no se cubría con las ropas del padre Flanagan sino con un traje oscuro.

—¿Le encontraron algo? —pregunté. El teniente denegó con la cabeza.

—¿Y los chicos del laboratorio?

—Nada de nada.

Me tocó el brazo y echó a andar alejándose de los focos. Vi la cara del sargento Doc Morgan.

Morgan y yo nunca habíamos simpatizado, aunque había sido una suerte para mí no encontrarlo en los dos últimos años.

Miré al teniente.

—No sabía que Morgan se encontrase con usted.

—Está bien, Steve, quisiera hacerle una pregunta. Pero, si no me va a contestar con sinceridad, será mejor que lo dejemos.

—Le responderé con sinceridad, teniente. Haga su pregunta.

—¿Tuvo noticias de Sam Byrd con anterioridad?

—No, teniente. Le aseguro que perdí la pista de Sam Byrd desde el momento en que liquidé aquel asunto. Desde luego me enteré por la Prensa de que había sido condenado. Pero usted me conoce lo

suficiente para saber en qué forma trabajo. Resolví el caso y se acabó, los culpables recibieron su castigo y lo demás ya no me importa.

El teniente carraspeó.

—Está bien, Bannion, puede marcharse.

—¿Qué hay de esos dos mil machacantes? Entornó los ojos.

—No puedo dárselos. El sobre y su contenido fueron a parar al laboratorio. Si no se encuentra nada, es posible que se lo devolvamos pronto.

—Ese dinero me hace falta, teniente.

—De modo que va a trabajar en el asunto, ¿eh, Bannion?

—Seguro, teniente. Me lo pidió Sam Byrd adelantándome dos mil dólares por el trabajo. He de capturar a sus asesinos.

—No me gustaría encontrármelo por ahí, Bannion. Palabra que no. Me eché a reír.

—¿Qué quiere que le haga? Usted me sacó de la cama... Yo...

—Sí, Bannion, no lo repita. Usted estaba muy cansado. Ande, márchese.

—Logré poco para un viaje tan largo, ¿eh, Reywall? Se encogió de hombros sin darme otra respuesta.

Eché a andar mientras hacía un saludo con la mano. Veinte yardas más allá, cuando ya había entrado en la zona de oscuridad, vi que de pronto se interponía en mi camino el sargento Morgan. Era pequeño, moreno, nariz hinchada, como si le hubiesen dado un puñetazo en ella, pero lo bueno era que su nariz siempre estaba así. Sonreía desagradablemente.

—Bien, Bannion —dijo—. Nos volvemos a ver.

—Sí, Morgan. Otra vez.

Golpeó el puño derecho contra la palma de la otra mano.

—¿Sabe que me debe algo, Bannion?

Se refería a una paliza. Sí, yo le había propinada unos cuantos golpes en el transcurso de aquel caso en que ambos nos encontramos.

—Oiga, Morgan, no tengo nada contra usted. En aquella ocasión usted tomó mal las cosas. Soy un detective privado a quien un cliente paga unos honorarios a cambio de un resultado, ¿lo entiende? La ley está conmigo.

—Usted no viola nunca una ley, ¿eh, Bannion?

—Denúncieme. Ande, Morgan, denúncieme si no está conforme con mis procedimientos.

—Usted se cree muy duro, Bannion, pero yo le demostraré que puede caer de rodillas, que puede hasta llorar después de recibir unos cuantos golpes.

Me correspondió a mí reír.

—¿Me los pegará usted, sargento? Vi cuánto odio había en sus ojos.

—Quizá sea yo, Bannion. Tenga cuidado porque puedo ser yo.

Para continuar el camino hacia mi coche tuve que pasar por junto a él. Lo hice a sabiendas de que podía descargar su puño contra mí. Inició un gesto de pegarme y luego se contuvo.

—Hasta la vista, sargento —dije.

—Nos veremos muy pronto. Al parecer, usted va a investigar la muerte de Sam Byrd.

—Seguro sargento. Ya puede estar seguro de ello. Y así fue como empezó todo.

CAPÍTULO II

Podría haber sabido muchas cosas acerca de Sam Byrd en la prisión de San Quintín, pero pensé que el alcaide no colaboraría conmigo. Es corriente, después de todo, que un alcaide no colabore con un detective privado.

Así las cosas, fui adonde tenía que ir. A un lugar de Santa Mónica. Un bar llamado «Mobita». Soy un cliente asiduo de «Mobita», especialmente cuando me ocupo de algún, trabajo especial, algo extra. Y palabra que la muerte de Sam Byrd entraba en esa categoría.

A decir verdad, lo de Sam Byrd me extrañaba mucho. Yo no lo había conocido antes de que nos encontrásemos aquella vez. Aprovechando bien las circunstancias lo había enviado a la cárcel de por vida. Sam se dedicaba al contrabando de heroína. Pertenecía a una banda. Concretamente a la pandilla de Peter Malone. Sam Byrd, junto con otros tres tipos, quisieron hacer el negocio por su cuenta. Sólo se les ocurrió la idea de asesinar a Peter Malone y a la amiga de éste, una rubia que había obtenido un gran éxito por aquel entonces en un club nocturno de Los Ángeles. Los liquidaron a los dos y los arrojaron al fondo de un lago. Tuvieron en cuenta que ambos se querían mucho y los metieron en el mismo saco, pero troceados para que cupiesen.

No trabajé para los herederos de Peter Malone. Fue un amigo de la rubia, que se llamaba Dorothy, quien me encargó del caso.

No voy a darles ahora pormenores, pero lo cierto es que dos tipos fueron a la silla eléctrica y Sam Byrd salió bien librado con su, condena. No se le pudo probar que fuese el autor, aunque se aceptó la complicidad.

Malas lenguas, o quizá personas con mayor conocimiento de

causa, aseguraron por aquel tiempo que Sam Byrd salvó la vida porque había prestado grandes servicios a la fiscalía del Estado unos años antes.

Bien, ésos eran los antecedentes.

Lina, la dueña del bar «Mobita», me recibió con jovialidad, como casi siempre:

—¿Un *whisky*? —me preguntó viniendo hacia mí por el otro lado del mostrador.

Le hice una señal con la cabeza. Ella sabía lo que quería decir eso. Que necesitaba hablarle a solas.

Fuimos por separado a la habitación que hay en el piso de arriba.

Lina era hermosa, muy bonita, y poseía un cabello rojo, sedoso, brillante. También poseía otras cosas dignas de admiración.

Abrí un cajón donde sabía que había una botella de *whisky*, tomé un vaso de la bandeja y me serví un trago. Después de beber miré a Lina, que se había quedado junto a la puerta.

—¿Qué sabes de Sam Byrd, Lina?

—Ya —dijo—. ¿Estás metido en eso?

—Te pregunté qué sabes.

—Lo que todo el mundo. Que se escapó. Lo dicen los diarios.

—Yo lo ignoraba, basta que me sacó de la cama esta madrugada el teniente... A continuación le expliqué lo de la muerte de Sam Byrd y lo de su encargo.

Se pasó la lengua por el labio inferior.

—Deja eso, Steve —murmuró.

—¿Por qué he de dejarlo? —respondí sonriendo—. Sam Byrd es un cliente como otro cualquiera.

—¡Oh, no, Steve! Sam Byrd está muerto. No puedes contentar a nadie aunque descubras a sus asesinos.

—Sí. Pero él pagó dos mil dólares por adelantado. Y, ya ves, no estoy en situación de decirle a Sam Byrd que se busque otro detective.

—Oye, Steve. Sam Byrd no era trigo limpio... Yo lo conocí bien. Venía por aquí antes de que tú lo enviases entre rejas.

—Sí, Lina, he tenido en cuenta que lo conocías. ¿Quién crees que lo ha podido matar?

—Sam Byrd se dedicaba al contrabando de drogas. A lo largo de

su vida de delincuente hubo de relacionarse con muchas personas.

—Siempre hay individuos con los que uno se relaciona más que con otros.

—Tú destrozaste la banda de Peter Malone, Steve. En este momento no recuerdo a nadie que se encuentre vivo y al mismo tiempo fuera de la cárcel. Unos fueron muertos a tiros, a otros los llevaron a la silla, y Sam Byrd fue a la penitenciaría. No, no creo que quede nadie.

—¿Por qué no haces un esfuerzo de memoria, eh? Anda, Lina, hazlo por mí. Yo sabía que ella me escondía algo. Lo notaba en su cara.

—Sam Byrd tenía un amigo íntimo —dijo—. Su nombre es Ralph Fisher.

—Sí, ahora recuerdo. Hablé con él en aquel entonces, cuando lo del crimen de Peter Malone y su amante rubia... Pero Fisher se largó a América del Sur antes de que se celebrase el juicio. Estuvo claro que Fisher no se relacionó con el doble crimen.

—Fisher regresó.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

Era una bonita coincidencia, Fisher, el amigo íntimo de Sam Byrd, había vuelto de América del Sur, y justo había elegido el momento en que Sam Byrd se fugaba de la cárcel para morir veinticuatro horas más tarde bajo una ráfaga de metralleta.

—¿Dónde está Fisher? —pregunté.

—No es el Fisher que tú conociste.

—¿Qué quieres decir?

—Ha comprado una residencia en Topanga Beach.

Topanga Beach era una zona residencial que había aumentado mucho de valor gracias a la gente de la TV. Productores, actrices, guionistas y demás fauna del mundo de la televisión habían elegido Topanga Beach para levantar sus casas, y lo habían hecho gastando el dinero en grande.

Era el lugar de moda, y un ciudadano que quisiese comprar allí una casa tenía que preparar una valija llena de billetes.

—Vaya —dije— Ralph Fisher encontró su filón en América del Sur.

—Sí.

—¿O no fue en América del Sur?

—No he hablado con Fisher.

—¿Cómo te llegó el soplo?

—Me lo dijo un amigo que había visto a Fisher.

—Quiero la dirección exacta.

—Ahora es muy tarde. Supongo que no querrás ir a su casa.

—Perdí, todo el sueño y me gusta aprovechar el tiempo. Viajaré hasta Topanga Beach y trataré de ver a Fisher a primeras horas de la mañana.

—Espera, he de hacer una llamada.

Se marchó, y mientras esperaba su regreso me serví otra ración de *whisky*. Lina volvió al cabo de unos minutos.

—Avenida Stillwell, ciento veintiocho.

—Gracias, nena. Fui a salir.

—Óyeme, Steve, ¿por qué no vuelves a tu apartamento? Yo me ocuparé de eso.

—¿De qué?

—Hablaré con Fisher. La tomé de la barbilla.

—Gracias, pequeña, pero cuando trabajo en un asunto me gusta preguntar a los testigos personalmente.

—No sé por qué te he dado el consejo conociendo la respuesta de antemano. La besé en la comisura de los labios.

Minutos más tarde corría en mi «Lincoln» hacia Topanga Beach.

En cierto modo, yo no había dicho la verdad a Lina. No podía esperar a que fuese de día para hablar con Ralph Fisher. Era muy posible que le hubiese sacado ventaja a la policía, pero si dejaba pasar des horas serían ellos quienes me tomasen la delantera a mí. Y no me gustaba eso nada, teniendo en cuenta que el sargento Doc Morgan formaba parte del equipo que debía investigar el asesinato de mi cliente.

Me detuve a la entrada de Topanga en una estación de servicio, Pedí huevos con jamón en el bar y mientras lo servían entré en la cabina telefónica.

Naturalmente, el número de Fisher no podía figurar en la guía teniendo en cuenta que él hacía muy poco tiempo que había comprado su residencia, pero invertí poco tiempo en lograrlo de una amable telefonista.

Escuché durante un rato la señal al otro lado. Al fin descolgaron

y oí una voz ronca:

—¿Sí?

—¿Señor Fisher?

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

—Steve Bannion.

—No conozco a nadie de ese nombre.

—Yo le ayudaré, señor Fisher. Soy un detective privado. Nos conocimos hace cinco años.

—Tengo muy mala memoria, señor Bannion.

—Eso no es ningún inconveniente, señor Fisher. Voy a ir a su casa ahora.

—No venga, señor Bannion.

—¿Por qué?

—He de descansar.

—Asesinaron a su amigo Sam Byrd.

—¿Cómo?

—Está en la Morgue con trece balas en el cuerpo. Hice una pausa y sólo pude escuchar su respiración.

—Señor Fisher, voy hacia allá.

—Está bien, Bannion —dijo.

Salí de la cabina, despaché los huevos y el jamón y me puse otra vez en camino. El portón estaba abierto y la casa, al fondo, iluminada.

Pude ver un trozo de jardín. A un lado estaba la piscina con sus cabinas en semicírculo. Cada vez me sentía más interesado en la clase de negocios que en cinco años había convertido a Fisher en millonario.

Estacioné el coche al pie de la escalinata y subí arriba.

Una puerta se abrió sin necesidad de que tocase ningún timbre.

Reconocí enseguida a Fisher, aun cuando ahora poseía un aire solemne. Estaba por los cincuenta años de edad y era alto, de cabello blanco, carirredondo, ojos verdosos muy brillantes y nariz aguileña. Se cubría con un batín lisiado azul y negro y con mocasines.

Nos estrechamos la mano y me señaló una puerta que había a la derecha. Era una biblioteca con enormes estanterías llenas de libros.

—Su noticia me ha emocionado mucho, señor Bannion —dijo.

—Eso quiere decir que la policía no se ha puesto en contacto con

usted.

—No, desde luego.

—¿Sabía que Sam Byrd se había fugado?

—Sí —señaló un diario que había sobre la mesa.

Tomé el diario. La noticia de la fuga de Sam Byrd estaba en un rincón de la primera página. Allí se decía que el recluso había acudido a la capilla después de haber hecho una petición al padre Flanagan. Dos guardianes habían conducido al preso hasta la capilla pero se habían quedado fuera. Lo demás lo había contado el padre Flanagan. Sam Byrd no se había entretenido en dirigirle una sola palabra. Atrapó un tintero de la mesa y se lo estrelló en la cabeza dejándolo sin conocimiento. Después los centinelas habían dejado paso libre al hombre que ellos creían el padre Flanagan cuando en realidad era Sam Byrd. A Sam le había servido de mucho el sombrero negro de ala gacha con que el padre Flanagan se cubría la cabeza.

Cuando el padre recuperó el sentido, Sam Byrd había salido ya de la prisión.

Inmediatamente se organizó la captura, pero no se encontró rastro del fugitivo. El alcaide de la penitenciaría opinaba que, indudablemente, a Sam Byrd lo estaban esperando fuera con un coche.

Miré a Fisher.

—¿No vino aquí?

—¿Cómo?

—Le estoy preguntando si Sam no vino aquí después de huir de la cárcel. Arrugó la nariz.

—¿Por qué piensa eso?

—Hace cinco años era un buen amigo de Byrd.

—Sí, desde luego; pero usted mismo lo acaba de decir. Han pasado cinco años.

—De modo que usted no lo ha vuelto a ver.

—En absoluto. Bannion.

—¿No establecieron contacto mientras él permaneció en la cárcel?

—Sam ni siquiera sabía dónde estaba yo.

—¿Dónde estaba usted?

—He recorrido muchos países.

—Y al parecer le fue muy bien.

—No me puedo quejar.

—¿Es usted el dueño de esta casa, Fisher?

—Sí.

—Le debe haber costado mucho dinero.

—Bastante.

—¿Puedo preguntarle de dónde sacó ese dinero?

—Oiga, Bannion, no tengo nada que ver con la muerte de Sam Byrd. ¿Lo entiende? No he visto a Sam desde antes de marcharme de los Estados Unidos. Regresé hace un par de meses y seguí ignorando todo lo que se refería a Sam Byrd.

Se hizo un silencio en la estancia. Fisher sonrió.

—Bueno, Bannion, eso es todo. ¿Quiere beber un trago antes de marcharse?

—No, gracias.

Fui hacia la puerta y él vino conmigo.

—Señor Bannion.

Giré mirándolo con las cejas enarcadas. Se masajeaba el mentón como si le costase hacer su pregunta. Al fin la hizo:

—¿Por qué está interesado en lo de Sam Byrd?

—Me hizo un envío de dos mil dólares para que atrapase a sus asesinos.

—Entiendo, señor Bannion. Yo también celebraré mucho que capture a los que han matado a Sam.

Sacudí la cabeza y, después de cambiar un apretón, salí de la casa.

Cuando me senté ante el volante miré por el cristal de la portezuela y vi a Fisher junto a la puerta observándome todavía. Encendí un cigarrillo sin prisa y puse en marcha el «Lincoln» alejándome por el camino que conducía a la avenida.

Iba a resultar un caso difícil. Eso lo olía en el aire.

De pronto vi en el espejo retrovisor los focos de un coche que venía detrás de mí. Abrí la gaveta del coche, saqué la pistola y la guardó en el bolsillo.

Seguí por la carretera de la costa hacia Palisade.

El coche seguía detrás. Podía ser una casualidad y decidí comprobarlo.

Torcí a la izquierda, hacia el Wild Rogers Park... y el otro

vehículo continuó mi camino. Apreté a fondo el acelerador y a la salida de una curva giré bruscamente el volante, apagué los focos y frené.

Un coche pasó zumbando por la carretera. Pero en él no viajaban un montón de pandilleros. Sólo lo hacía una persona, la que manejaba el volante, y era una mujer rubia.

CAPÍTULO III

Saqué el coche a la carretera y fui yo ahora quien emprendí la persecución. Me puse a la altura del vehículo de la rubia y doblé hacia la derecha.

La rubia tuvo que salirse de la carretera. Cuando ella hubo frenado, lo hice yo y salté del coche.

Abrí la portezuela y quedé quieto al ver la pistola con qué me estaba apuntando. La chica era muy mona. Una verdadera preciosidad.

—Cuidado, se le puede disparar —dije.

—No me pasaría nada.

—¿No?

—Soy una menor.

Podía estar diciendo la verdad, porque probablemente no había cumplido todavía los veinte.

Sonrió mostrando unos dientes pequeños, brillantes.

—¿Por qué habías de matarme, nena?

—Me ha seguido.

—Sí, ricura. Te he seguido, pero antes me seguiste tú a mí.

—Es uno de ellos.

—¿A qué te refieres?

—Está con Fisher. Trabaja para él.

—No.

—Lo vi salir de su casa.

—Y tú crees que iodo el que sale de la casa de Ralph Fisher es uno de ellos...

—Me sobra con verle la cara.

—¿Qué hay con mi cara?

—Es la de un asesino.

—Me lo han dicho otras personas antes que tú, nena. Pero todas se equivocaron. Sólo soy un detective privado a quien gustan los buenos jaleos.

—Sea quien sea, ya va a dejar de sufrir.

—Eres muy humanitaria —dije, y le golpeé con la mano en la muñeca. Dio un gritito al perder la pistola, que cayó a nuestros pies.

Fue a agacharse para retirarla, pero le pegué un enviñón mandándola hacia la otra portezuela.

Me introduje en el asiento y atrapé el arma que ella había perdido.

Se revolvió furiosa para clavarme las uñas, pero le puse el cañón de la pistola bajo la nariz.

—Quieta.

Soltó unas cuantas palabrotas de las que hoy dicen las menores de edad.

—¿Cuál es tu nombre?

—Váyase al cuerno.

—¿Quieres que te de unos azotes?

—Atrévase a ponerme la mano encima.

Uno debe procurar que los mocosos no se le suban a las barbas. Es lo peor que puede ocurrir. Si se acaba la autoridad se acaban muchas cosas.

La tomé del brazo atrayéndola hacia mí.

—Maldita sea... ¡Suélteme! —gritó.

Le pegué dos buenos golpes en su parte más carnosa.

—Tu nombre.

—Ruth.

—¿Ruth qué más?

—¡Váyase a...! Le aticé otra vez.

—Ruth McQueen.

—¿Por qué te interesas por Fisher?

—Ese canalla... Me las pagará. Y tú también me las pagarás. ¿Lo oyes? Tú también.

—¿Qué tienes que ver con Fisher?

—Vete al infierno.

Le pegué otra vez y ella chilló con más fuerza. En eso se abrió una portezuela y una voz dijo:

—Mira, Bill, un grandullón pegando a una chiquilla.

El tipo que asomaba la cabeza era feo como un demonio. Sus cejas eran espesas, nariz muy chata, tanto que parecía un pegote de carne ligeramente levantado sobre el resto de la cara, y uno podía verle perfectamente los agujeros de su nariz. Todo ello le daba un aspecto de cerdo. Manejaba un enorme pistolón con la mano derecha.

Ahora la otra portezuela se abrió y apareció el llamado Bill, un pelirrojo que reía con la boca doblada.

La rubia se había quedado quieta, pero continuaba sobre mis rodillas.

—¡Qué escena, Elmer! —dijo—. Sólo hay otra que se le iguale... el *strip-tease*.

Ruth saltó de mis piernas y se dejó caer en el asiento. Me miró con los ojos agrandados.

—Entonces, usted no forma parte de la pandilla...

—No, pequeña —dije con un suspiro—, aunque, en estos momentos, me gustaría pertenecer a ella. —Sonreí a Bill y a Elmer—. Eh, muchachos, ¿no está abierto el período de inscripciones?

—¡Elmer! —exclamó Bill—. Este muchacho es chistoso.

—Baja, Bob Hope —dijo Elmer. Sólo se podía referir a mí.

—¿Qué quiere? —pregunté mientras movía ligeramente la mano hacia el bolsillo.

—Te lo diremos aquí fuera. Es asunto a tratar entre nosotros y no delante de una dama.

—Infiernos —rió Bill—. Elmer, nunca te había oído una cosa tan fina.

De pronto se dejó caer sobre la rubia y me atizó con el cañón del revólver en la diestra. Sentí un terrible dolor en los metacarpos, pero no perdí mucho tiempo en disparar la izquierda. Bill la recibió en la boca y se fue hacia atrás soltando maldiciones, sangre y dientes.

Por fortuna, disparó cuando el arma estaba apuntando al techo porque había perdido el equilibrio.

Eché mano a mi pistola, pero calculé mal porque debí suponer que Elmer no iba a ser un espectador pasivo de aquella escena.

Algo muy duro y demasiado fuerte me golpeó en el cuero cabelludo.

Sentí cómo mi masa encefálica saltaba en la caja. Luego hubo

otro golpe. Fue peor que el anterior.

—¡No le peguen! —Oí que chillaba la rubia—. ¡No le peguen!

Pero no le hicieron ningún caso, y otra vez el verdugo de Elmer me acertó con un culatazo.

Ahora eligió un buen lugar, junto a la sien. Fue el fin de todo.

CAPÍTULO IV

Desperté, pero apenas pude moverme. Mis manos estaban trabadas a la espalda y también se habían ocupado de inmovilizarme las piernas.

Yacía en el interior de una barca que se mecía en el agua.

—Ya lo tenemos de vuelta —oí la voz de Bill. Vi sus sucias caras bajo el cielo de estrellas.

—¿Qué hay de la chica? —les pregunté. Elmer escupió hacia el agua.

—No te preocupes, muchacho. Llegamos enseguida a un acuerdo. Bill se echó a reír.

—Ahora empieza lo mejor para ti, sabueso. ¿Sabes lo que te va a pasar? Guardé silencio.

—Esta barca está muy vieja. Pasaron muchos años por ella. Tiene un buen agujero. Puedes verlo por ti mismo —se agachó señalando el fondo de la barca. Entre los maderos había mucho trapo.

—Lo liemos cubierto —dijo Bill—. Pero antes de marcharnos dejaremos el agujero abierto. El agua entrará poco a poco y te irás hundiendo con la barca, ¿emocionante, verdad?

Rió estridentemente, y Elmer lo acompañó en su jolgorio. Bill se sentó en medio de la barca y tomó los remos.

—Nos apartamos de la orilla.

Llegué a la conclusión de que nos encontrábamos en un lago, pero no sabía cuál.

Deduje que debería ser uno de los muchos que hay por los Montes de Santa Mónica.

—Alto —dijo Elmer—. Estamos a una buena distancia.

—Sí —asintió Bill—. Es un buen lugar.

—¿Os vais a nado? —pregunté.

—No seas estúpido —contestó Bill—. Remolcamos una lancha con motor fuera borda.

—Está bien, chicos. Sé perder.

—Magnífico.

—Marchémonos todos de aquí y bebamos un *whisky*.

—Eh, Elmer, nos está haciendo una invitación.

—Sí, ya lo he oído, pero yo le daré la respuesta. —Elmer acercó su cara a la mía—. Nunca bebemos con sabuesos...

Le escupí y con buena puntería.

Me pegó un puntapié en el bajo vientre.

—Vamos, Bill —dijo luego.

Bill se agachó sobre el fondo y tiró de los trapos. Se oyó un gorgoteo y el agua empezó a penetrar en la vieja lancha.

—Seguro que te encontrarás con alguien abajo, sabueso —dijo Elmer—. Dale recuerdos.

Saltaron entre risas a la canoa con motor fuera borda. Oí cómo llegaban a la orilla, y uno de ellos, Elmer, gritó:

—¿Te diviertes, muchacho?

Se alejaron en un coche y poco después todo quedó en silencio.

El agua iba entrando en la barca. Aquellos bastardas no habían tenido en cuenta una cosa. Que tal como yo estaba, podía ahogarme antes de que la cáscara de nuez desapareciese bajo las aguas.

Apoyé las espaldas en la popa y empecé a erguirme.

Lo conseguí a medias, pero por lo menos quedé sentado.

Para ese entonces mi ropa estaba empapada. El agua me cubría ya las piernas. Un minuto o dos más tarde todo habría acabado.

De pronto noté que las cuerdas se habían aflojado algo debido a mi esfuerzo.

Di unos cuantos tirones. Sí, podría resultar, pero necesitaba tiempo, y la barca no resistiría el necesario.

Forcejeé frenéticamente.

En esta vida la suerte es un factor importante. No tanto como muchos creen, pero desde luego juega su papel, especialmente cuando es el pellejo de uno el que está en juego.

Los hijos de perra no eran prácticos en nudos o quizá habían estado tan seguros de que se iban a desembarazar de mí que no me ataron como debían.

La barca se inclinó por el lado en que yo estaba, y el agua entró por la borda. Era mi propio peso el que me condenaba.

Tiré más fuerte y sentí cómo descendían las cuerdas. Mis manos quedaron libres y me puse a forcejear en los tobillos. Ya no hubo tiempo para más.

El agua penetró por toneladas. Me cubrió la cabeza y me fui al fondo antes de que empezara a hacerlo la barca.

Trabajé. Tenía los extremos de las cuerdas en mis dedos, de modo que fue fácil deshacer el nudo.

Me desembaracé de la soga y braceé hacia la superficie. Cuando llegué arriba hinché los pulmones de aire.

Dos yardas más allá, la barca desapareció formando un géiser y luego la superficie se fue calmando.

Nadé vigorosamente hacia el embarcadero donde estaba la lancha con motor fuera borda. Subí por la escalera y me tendí para recuperar fuerzas.

Al cabo de un rato me puse en pie y vi una cabaña entre los árboles.

Por allí no estaba mi coche y aposté que había ido a parar al fondo del lago.

Me registré los bolsillos y, tal como suponía, los encontré vacíos, salvo uno del pantalón donde tenía quince dólares.

Subí al porche de la cabaña y traté de abrir; pero, naturalmente, la puerta estaba cerrada.

Cargué unas cuantas veces con el hombro y al fin hice saltar la cerradura.

Di la vuelta al conmutador de la luz y ante mis ojos vi una habitación magníficamente amueblada. Pero no encontré nada que me sirviese. Ni una sola fotografía. Nada que hubiesen olvidado.

Había dos dormitorios cuyas camas estaban hechas. Los armarios estaban vacíos, así como los cajones.

En la cocina encontré un frigorífico, pero en el interior sólo había unas latas de conserva.

De pronto oí un ruido a mi espalda y al volverme vi un tipo de unos cuarenta años que me estaba apuntando con un revólver. Se cubría con cazadora de cuero, y gorra de plato en la que exhibía un distintivo, de policía.

—Ponga las manos en alto —dijo.

—Tenga cuidado, muchacho. No soy un ladrón.

—¿A quién le cuenta eso?

—Sólo entré aquí por ver si encontraba alguna ropa que ponerme.

—Se cayó al lago, ¿eh?

—Sí, mientras pescaba. Mi lancha se llenó de agua y nos fuimos al fondo. Menos mal que me enseñaron a nadar.

—¿Qué cuento es éste?

—Haga un dragado del lago y verá cómo encuentra mi barca. Hizo una mueca.

—¿Cuál es su nombre?

—Bannion, Steve Bannion.

—¿A qué se dedica?

—Soy detective privado de Los Ángeles.

—Muy bien. Me va a enseñar la documentación.

—Lo siento, agente, pero también está en el fondo del lago.

—No me gusta. No me gusta nada. Usted violentó la puerta.

—Llegó muy a tiempo, agente. ¿Dónde estaba usted?

—Hacía mi ronda.

—¿Por estos andurriales?

—Hace un mes se quejaron de que había un tipo que se dedicaba a desvalijar las cabañas deshabitadas y ya creo haber dado con el fulano.

—No espere recibir muchas felicitaciones de su jefe por esto. No soy el hombre que busca, señor... Eso me recuerda que todavía no me dijo su nombre.

—Errol Vidor.

—Bueno, Errol, ¿qué le parece si me contesta a una pregunta?

—No hay nada que contestar.

—¿A quién pertenece esta cabaña?

—Me va a acompañar a Palmdale. Si quiere hacer preguntas, hágaselas a mi jefe, el alguacil Jacquet.

—Está bien, agente. Vámonos.

—Tendré que esposarlo.

—Comprendo. Puedo ser un asesino peligroso.

—Mi jefe dice que siempre tomemos precauciones. Alargue las manos y tenga cuidado con lo que hace.

Le alargué las manos.

El tipo se sacó unas esposas que le colgaban del cinturón. Salté sobre él pegándole un manotazo en el revólver.

El arma cayó al suelo sin que se disparase.

Vidor me propinó un rodillazo en el estómago mientras escupía una maldición. Caí sobre el revólver y lo apunté.

—No se convierta en un héroe, Errol. Frenó su impulso torciendo la boca.

—Con que no era el desvalijador.

—No, no lo soy —me enderecé.

—Entonces, ¿por qué no se ha dejado conducir? Allí se hubiesen aclarado las cosas.

—No puedo permitirme ciertos lujos, Errol. Intentaron asesinarme y usted me iba a esposar. ¿Quién me dice que no está de acuerdo con ellos?

—¿Ellos?

—Las manos que pretendieron llenarme el buche de agua. Dos tipos que respondían al nombre de Elmer y Bill. ¿Oyó hablar alguna vez de ellos?

—¿Elmer y Bill? —Se quedó pensativo—. No.

—Ha contestado demasiado aprisa. Al fin y al cabo, Elmer y Bill no son nombres tan extraños.

—Conozco algunos tipos que se llaman así, pero no van aparejados.



—Vayamos por turno, Errol. ¿A quién pertenece esta cabaña?

—Oiga, mi jefe...

—Eso ya lo dijo antes, pero no quiero ir a Palmdale, especialmente cuando usted puede responder.

Sacudió la cabeza con pesar, diciendo:

—El dueño es Miles Brinleck.

Sabía quién era Miles Brinleck. En un principio llegó a California traído de la mano de Mike Cohen. Trabajó con el Napoleón de California durante una década, hasta que se independizó de su mentor. Eso era al menos lo que se decía, aunque resultaba un poco difícil que Cohen dejase nadar por su cuenta a un tipo que él hubiese aleccionado. Lo cierto era que Miles Brinleck pasaba por ser dueño de una cadena de clubs nocturnos. También regentaba

garitos, pero eso se ignoraba oficialmente.

—¿Desde cuándo es Miles dueño de esta cabaña, Errol?

—Un par de años.

—¿Viene él por aquí?

—Sólo de tarde en tarde.

—¿Cuándo fue la última vez?

—No lo sé. No estoy siempre aquí para ver cuándo llega Miles Brinleck.

—Dígame, Errol, ¿conoce a una muchacha de unos veinte años, rubia, muy mona?

Atiende por el nombre de Ruth McQueen.

—No la he visto nunca.

—Usted llegó muy a tiempo para sorprenderme dentro de la cabaña. ¿No se cruzó en el camino con un coche en el que viajaban dos hombres?

—No me llegué por la carretera, sino por el camino que bordea el lago. Muy poca gente lo utiliza. Sólo los pescadores.

Le hice una señal para que saliese de la cabaña y yo fui iras él.

—¿Qué va a hacer? —me preguntó.

Frente a la cabaña había un «Ford» negro, modelo de tres o cuatro años atrás.

—Le voy a requisar el coche.

—¿Qué dice?

—Los fulanos que me trajeron aquí me dejaron sin vehículo, agente. Lo siento pero he de volver a Los Ángeles.

—No puede hacerlo en ese coche. Es de la policía.

—Lo siento, pero no me queda otra solución.

—Muy bien. Lléveme con usted hasta Palmdale.

—No, agente. Si hiciese tal cosa, es cuando usted podría probar que lo he obligado a hacer algo por la fuerza. Le dejaré el coche abandonado en la carretera. Ya lo recogerá usted. Ah, y no se preocupe por buscar huellas. Las limpiaré antes de saltar.

—Mi jefe se lo hará pagar, Bannion.

—También le dejaré la pistola en el interior del coche. Hasta la vista. Fui a donde estaba el vehículo. Errol no me siguió.

Poco después salía disparado de allí. Cumplí mi palabra. Abandoné el vehículo a un lado de la carretera, dejando la pistola en el asiento delantero. Luego limpié las huellas y seguí mi camino

andando.

Al cabo de unos veinte minutos pasó un autobús que se dirigía a Los Ángeles.

Apenas llegué a mi apartamento me di una ducha caliente y cambié de indumentaria. Para entonces eran las nueve de la mañana y abandoné el apartamento porque tenía muchas cosas que hacer.

CAPÍTULO V

Almorcé en un bar donde nadie me conocía y luego entré en la cabina telefónica. Tras consultar la guía, disqué el número de Miles Brinleck.

Oí una voz de mujer al otro extremo. Le dije quién era y que deseaba hablar con el señor Brinleck.

—Lo siento —dijo ella—. El señor Brinleck duerme.

—Despiértelo.

—El señor Brinleck dejó dicho que no se le molestase.

—Oiga, si usted no lo despierta le aseguro que se ganará una reprimenda. El señor Brinleck se va a ver envuelto en dificultades.

—Está bien. Espere.

Transcurrieron un par de minutos que aproveché para prender un cigarrillo.

—¿Qué quiere, Bannion? —Ladró una voz ronca.

—En primer lugar, informarle de que sus muchachos fracasaron.

—No sé a qué se refiere.

—Lo sabe bien. Dos de sus chicos, Elmer y Bill, me quisieron dar el pasaporte.

—Oiga, Bannion. ¿Está borracho?

—Todavía no.

—No conozco a esos Elmer y Bill a quienes usted se refiere. Ni siquiera sé que usted y yo tengamos algo en común.

—Lo tenemos, Miles.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—De Sam Byrd.

—¿Es el ex presidiario al que liquidaron anoche, el que se había fugado?

—Sí.

—Le voy a decepcionar mucho, Bannion. Tampoco conocía a Sam Byrd.

—¡Qué pena!

—Busque por otra parte.

—No cuelgue todavía, Miles.

—¿Qué le pasa ahora?

—Quería preguntarle por Ruth McQueen.

—¿Por quién ha dicho?

—Ruth McQueen.

—Oiga, no me gustan sus acertijos. ¿Quién es Ruth McQueen?

—Está por los veinte años y es rubia, muy bonita, ojos verdosos, nariz recta... Se echó a reír.

—Oiga, Bannion, ¿cuándo encuentre a esa muñeca me la querrá traspasar? Estoy dispuesto a invitarlos a los dos a mi casa de San Bernardino.

—¿Por qué no a su cabaña de Palmdale?

—No tiene suficiente categoría para una joya como la que usted ha descrito.

—Lo tendré en cuenta... Ah, tengo que darle recuerdos de un amigo suyo. Ralph Fisher.

—¿Le escribió Fisher a usted, Bannion?

—Lo vi la pasada noche en la ciudad.

—No sabía que Fisher hubiese regresado.

—Por lo que veo, usted ignora muchas cosas, Miles.

—Un hombre me dijo hace algún tiempo que saber demasiado resulta peligroso —hizo una pausa—. ¿No opina usted igual, Bannion?

—No, Miles. Por el contrario, soy partidario de saber cuánto más mejor. Largó un bostezo por el tubo y dijo:

—Me despertó cuando estaba en el mejor sueño, Bannion, y ahora, si no tiene nada más que decirme...

—No, Miles. No tengo nada más que decirle..., por ahora. Colgué antes que él y marqué otro número, el de Lina.

Atraparon enseguida el auricular.

—Soy Steve, nena. ¿Ya despierta?

—No he pegado un ojo y tú tienes la culpa.

—Deberías conocerme mejor. ¿Qué me podía pasar?

—No me digas que te corriste una juerga.

—Te llamo para contártela.

Le hice un relato de lo que me había sucedido desde el momento en que me separé de ella.

—Condenado fanfarrón... —exclamó después que hube terminado—. Ya imaginaba que ocurriría algo de eso. Estuvieron a punto de matarte.

—Bueno, pero no lo consiguieron. Oye, pequeña, te he puesto al corriente para que me puedas echar un cable.

—No pienses en ello.

—Necesito información acerca de Ralph Fisher y Miles Brinleck.

—No has mencionado a otra persona por la que naturalmente sentirás mucho interés.

Ruth McQueen.

—Estaba esperando que la nombrases tú —reí.

—No voy a mover un dedo.

—Oye, cariño, el hecho de que no hagas nada por mí no va a cambiar las cosas.

Seguiré adelante.

—Pero, Steve, ¿por qué siempre has de meterte en los mayores líos? ¿Por qué no te ocupas de cosas menos peligrosas?

—¿A quién quieres endosárselas?

—Existe una policía y a cada contribuyente le cuesta un poco de su dinero. Ellos mismos no te quieren ver en su camino...

—Nena, ponte a trabajar enseguida.

—Te he dicho que no haré nada.

—Pasaré a verte hoy mismo...

—No vengas por aquí, Steve.

Hice una tercera llamada al Registro de Motores. Pregunté por un empleado, Wendell Risso. Le di el número de la matrícula del coche que tripulaba Ruth McQueen, y al cabo de unos minutos tuve su respuesta. El coche, un «Chrisler» modelo 1961, estaba registrado a nombre de Ruth McQueen, bulevar Sepúlveda trescientos treinta y seis.

Le di las gracias, y cosa de inedia hora más tarde un taxi me dejaba en la dirección de la señorita McQueen.

El trescientos treinta y seis era un edificio muy lindo, y su fecha de construcción no debía estar muy lejana.

Ningún encargado me dio el alto en el camino hacia el ascensor

ni cuando me detuve en el vestíbulo para ver los casilleros de la correspondencia.

Una vez arriba, pulsé el timbre correspondiente a la puerta número diecisiete.

—Pase, está, abierto —dijo una voz.

Me encontré en un magnífico *living* que contaba con un bar al fondo. Pero allí no había nadie.

—¿Quién es? —dijo la voz de antes desde una habitación cuya puerta estaba entreabierta.

La rubita estaba tendida en la cama. Tenía un bistec sobre un ojo, el izquierdo. El derecho también estaba muy desmejorado con relación a la noche anterior. Y eso no era todo. Tenía la boca un poco hinchada. Por eso no había identificado su voz.

Me miró con el ojo que no cubría con la carne.

—¡Tú!

—¿Sorprendida?

—Creí que te iban a matar. Saqué un cigarrillo y encendí.

—Lo intentaron —dije arrojando una bocanada de humo.

—Esos puercos...

—Te pegaron, ¿eh?

—Sí. Y te aseguro que fue una buena paliza —se tocó los riñones—. Esos bastardos saben dónde pegar. Nunca creí que se atreviesen a hacerlo a una mujer.

—¿Por qué te pegaron?

—Ya no vale la pena que lo diga.

—Quizá sí.

Levantó el bistec y me miró ahora con los dos ojos.

—Ni siquiera sé si es verdad que intentaron matarle.

—¿Por qué no lo crees?

—Es posible que todo fuese una comedia.

—Ya entiendo. Elmer, Bill y yo somos amigos y formamos parte de la misma pandilla.

Lo dijiste cuando me introduje en tu coche y te quité la pistola.

—Sí, y lo sigo pensando ahora.

—¿Y por qué iba a venir yo aquí después de que te pegaron la paliza?

—Para cerciorarte de que les entregué la mercancía.

—¿Te valdría un juramento?

—No. No me lo jures —dijo ella, y dejó caer otra vez la cabeza sobre la almohada. Estoy harta de la gente que hace promesas.

—Oye, nena, soy Steve Bannion, detective privado.

—Ya lo sé.

—Si lo sabes, deberías saber también que nunca me he mezclado con cierta calaña.

Por el contrario, no hago más que luchar contra ella.

Hubo un silencio en la estancia y al fin la muchacha dijo:

—Está bien. Te lo contaré. Ayudé a Sam Byrd a escapar de la cárcel.

—¿Tú?

—Fui yo quien estaba con el coche esperándolo fuera.

—Caramba, nena. No te pierdas nada.

—En realidad era mi madrastra quien se tenía que ocupar de eso. Se llamaba Ann Horton. Ella y Sam habían sido amigos hace cosa de diez años, y cuando Sam pensó en escapar se dirigió a ella para que le ayudase. Mi madrastra estuvo de acuerdo, pero hace una semana ella se sintió morir. Padecía de un cáncer. Antes de irse al otro mundo me contó el plan de fuga de Sam y me dijo que yo debía ocupar su lugar. Sabía ya hasta el día y hora. Naturalmente, dependía de que Sam lograra su objetivo, pero todo consistía en esperar fuera con el coche. Si Sam no lograba salir, yo tenía que volverme a casa.

—Comprendo. Todo se realizó tal como Sam había previsto. Salió de la penitenciaría con las ropas del padre Flanagan, montó en el coche y os largasteis juntos.

—Sí, pero yo pensé por mi cuenta.

—¿Qué es lo que pensaste?

—Mi madrastra me contó que Sam Byrd salía para recuperar lo que le pertenecía.

—¿Sí? ¿Y qué era eso?

—Medio millón de dólares.

Encanuté los labios emitiendo un silbido.

—¿No lo crees, verdad? —rezongó Ruth.

—¿Por qué no? Naturalmente que lo creo. Pero me asombra cada vez que me citan una cantidad de seis cifras. Dime, pequeña, ¿dónde estaba el dinero?

—A Sam se la habían jugado.

—¿Quién?

—Ralph Fisher... Ese bastardo se había apoderado de lo que pertenecía a Sam.

—¿Y qué era esa mercancía que valía quinientos mil dólares?

—No me lo dije.

—Drogas, ¿eh?

—Supongo que sí, pero Sam nunca quiso aclarármelo.

—Continúa. ¿A dónde fuisteis a parar después de alejaros de San Quintín?

—A un pueblo del norte de Los Ángeles, Fontana. Mi madrastra se había encargado de comprar allí una cabaña. Sam se puso enseguida en contacto con Ralph Fisher.

—¿De qué forma?

—Utilizando el teléfono.

—¿Oíste la conversación?

—No. Estábamos en un bar y Sam se metió en la cabina mientras yo almorzaba. Cuando salió se echó a reír diciendo que acababa de dar un buen susto a Ralph Fisher. Le había pedido doscientos cincuenta mil. Ralph Fisher había consentido en entregárselos, pero Fisher quería cerciorarse de que, efectivamente, se trataba de Sam y no de una persona que lo substituía. Quería verlo. Habían quedado citados para una hora más tarde. Sam me dijo que lo esperase en la cabaña de Fontana, pero no me conformé con eso y lo seguí en mi coche cuando él se dirigió en el suyo al lugar de la cita —hizo una pausa—. ¿Tienes un cigarrillo?

Me acerqué a la cama y le entregué un cigarrillo, que ella prendió con la llama del fósforo.

—¿Qué más?

—Desde que me metí en el asunto decidí obrar por mi cuenta. Sam Byrd podía haber sido un tipo muy grande, pero era bastante ingenuo. Quizá fuesen los cinco años que había pasado en la cárcel. Por lo que pudiera ocurrir, yo tenía una máquina de fotografiar conmigo. Pensé muy aprisa. Siempre lo hago cuando me conviene. Sam Byrd era un fugitivo de la justicia. Si yo lograba tirar una placa de él y de Fisher juntos podía ganar dinero en el caso de que las cosas se pusiesen mal para Sam...

—Una muchacha lista.

—Se encontraron en Huntington Beach, en un bar de la playa.

Al parecer, Sam Byrd había pedido a Ralph Fisher que fuese solo y, por esa vez, Ralph cumplió su palabra. Por allí había muchos coches con turistas que sacaban fotografías. Ralph y Byrd, como dos ciudadanos cualesquiera, estaban en una mesa del rincón de la terraza. Me fue fácil sacarles una foto y luego me largué a la cabaña de Fontana. Sam Byrd tardó en regresar dos horas. Estaba muy contento. Ralph había dado su conformidad a entregarle el dinero. Se lo daría esa misma noche en un lugar cercano al aeropuerto municipal. Le quise quitar de la cabeza que fuese allí, pero él dijo que Ralph Fisher jugaría limpio... Ya viste lo limpio que le jugó Fisher. Lo asaron como un cordero.

—¿Cómo te enteraste?

—Por la radio. Me marché enseguida de Fontana. Pensé que Byrd le podría haber hablado de mí y entonces irían en mi busca.

—Apenas supiste del asesinato de Sam tomaste el teléfono y hablaste a Fisher.

—Sí.

—Le dijiste que podías demostrar que era el asesino de Sam Byrd.

—Desde luego.

—Has dicho antes que Sam Byrd era un ingenuo. ¿Qué calificativo has elegido para ti?

—El de estúpida.

—Creo que aciertas. Anda, dime, ¿cuánto dinero le pediste por la placa?

—Me conformé con poco. Veinticinco mil.

—No tienes madera de chantajista, nena. Los chantajistas no operan así. Primero mandan una copia de la fotografía comprometedor y utilizan el correo para ello. Luego dejan pasar unos cuantos días para que su víctima se cueza en su propia salsa. Finalmente hacen su petición de dinero.

—Está bien, está bien. Soy una principiante, no me lo recuerdes.

—Naturalmente, Ralph Fisher dio su conformidad a los veinticinco mil como antes había dado su conformidad a la petición de Sam Byrd.

—Sí.

—Y hasta te citó en su propia casa.

—Pero me dijo que fuese a una hora y yo me adelanté sesenta

minutos. Pensaba entrar subrepticamente. Después de todo, tenía una pistola. Habría cobrado los veinticinco mil y le habría dejado el clisé.

—¡Qué honrada!

—Justamente cuando iba a entrar en la casa te vi salir a ti. Te reconocí enseguida. He visto algunas fotografías tuyas en los diarios. Siempre me ha gustado leer todo lo relacionado con el crimen. Entonces pensé que Fisher te había contratado para echarme mano. No estaba segura, de modo que decidí seguirte un rato. Al fin y al cabo, tenía una hora por medio. Entonces fue cuando tuve el desagradable placer de conocerte, porque al ocurrírseme ir detrás de ti me gané dos palizas, primero la tuya y luego la de esos bastardos.

—Tuviste suerte al conformarse ellos con despojarte del clisé y dejarte viva. Probablemente, Fisher consideró que con dos muertos ya había bastante. Al fin y al cabo, había recuperado la prueba comprometedor para él. Y también pensó que tú no podías ir con el cuento a la policía puesto que, al ayudar a Sam Byrd, té convertiste en una delincuente. Sí, Ralph Fisher es muy astuto y sabe comportarse con lógica. Sólo mata cuando es necesario.

—¿Y qué ganaba con matarte a ti?

—Fisher tuvo idea de que no abandono fácilmente un asunto por amenaza más o menos. Y también ha tenido en cuenta que mi desaparición no iba a sentar muy mal en el Departamento de Policía.

—¿Por qué te metiste en esto?

Conté la extraña misión que Sam Byrd me había confiado antes de morir y ella dijo:

—Después de todo, Sam no estaba muy seguro de que Fisher fuese a comportarse con nobleza.

De pronto sonó el teléfono que había sobre la mesilla de noche. Ruth se lo quedó mirando. Dos timbrazos. Tres...

—¿Es que no vas a contestar? —le dije.

—¿Y si es la policía?

—No tienen ninguna prueba contra ti. Si supiesen algo, ya puedes estar segura de que habrían venido personalmente. Anda, contenta. Quizá sea el propio Fisher que quiere darte su pésame.

—Ese cerdo... —exclamó, y decidióse a atrapar el auricular—.

¿Sí? ¿Steve Bannion? Fruncí el entrecejo.

—¿Quién es?

—Voz de mujer —repuso cubriendo el micro—. Y parece que no está de muy buen humor.

Tomé el micro.

—Steve Bannion —dije.

—Sabía que te encontraría ahí. —Era otra vez Lina—. Lo imaginé en cuanto di con la dirección de la rubita.

—Me estaba contando cosas.

—¿Te las contaba o te las mostraba?

—Lina, que es casi una niña.

—¿Me río ahora o lo dejo para después?

—Anda, infórmame.

—Debería mandarte al diablo.

—Nunca me han gustado las mujeres celosas. Convierten la vida de uno en un infierno.

—Todavía no he sabido nada acerca de Miles Brinleck, pero sí de Ralph Fisher.

—Es justamente el que me interesa ahora. ¿Qué hay de él?

—Resulta que se trajo una amiga de América del Sur.

—Eso es interesante.

—Su nombre es Eva Chacón. Tiene su apartamento en el número 132 de la Calle Artesia, departamento 18. Fisher va a visitarla hacia el mediodía.

—Hoy iré yo antes.

—No sé por qué te ayudo... Tengo el presentimiento de que esta vez no te van a salir las cosas como tú crees.

—Yo también fracaso.

—Pero en este asunto hay demasiado gentuza.

—Gracias, Lina. Te haré una llamada más tarde.

—Si es que estás vivo para entonces.

Le envié una risita por el cable y colgué.

—¿Quién es esa Lina? —preguntó Ruth.

—Una amiga —caminé hacia la puerta—. Tengo que marcharme.

—Eh, oye, espera.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Claro que tengo que decirte. Te he dado una información y tú

no me has dado nada a cambio.

—Si saco algo en limpio te pasaré algún dinero, pero de momento te voy a dar un consejo. Apártate de todo esto.

—Y un infierno me voy a apartar.

—Oye, dulzura. Ya te lo dije antes. Ayudaste a Sam Byrd a escapar.

—Yo no estaba dentro de la prisión para echarle tina mano.

—Pero le prestaste tu ayuda desde fuera, y la Ley no hace distinciones. ¿Por qué para variar no te ocupas de algo honrado? Todavía estás a tiempo.

—Ahueca el ala, padrecito.

Aquella nena era difícil de manejar.

Salí del apartamento y poco después corría en un taxi hacia la calle Artesia.

Cuando pulsé el timbre del apartamento 18 abrió la puerta una mujer que me cortó la respiración.

Sí, hermosa. Ella era la morena más hermosa que yo había visto desde que me quitaron los pantalones cortos.

CAPÍTULO VI

Sólo era unas tres pulgadas más baja que yo y todo en su cuerpo estaba proporcionado, desde sus senos altos, erectos, hasta aquellas piernas largas pasando por el talle que se podría, abarcar perfectamente con el brazo. Cubríase con un batín azul celeste y zapatos de tacos altos. Por el escote en uve vi su piel del color del caramelo.

—¿Sí? —dijo en un perfecto inglés.

—¿Señorita Chacón?

—Yo soy.

—Marck Ready, inspector de la telefónica. Necesito hacer una revisión. Puso un brazo en jarras.

—¿Dónde están sus herramientas? No; no era torpe la criatura.

—Empezaremos otra vez —dije—. Soy Tom Mac Ready, agente de ventas de la casa «Todo para el Hogar». Le traigo una maquinita para mondar patatas que es un primor.

Negó con la cabeza.

—Oiga, quienquiera que sea usted, soy muy exigente en materia de chistes. Cuando haya dado con alguno más bueno, viene a contármelo, ¿eh?

Fue a cerrar la puerta, pero le puse el pie.

—Puedo contarle el de la viuda que prometió no acercarse jamás a un hombre.

—Siento decepcionarle, amigo, pero ya me lo contaron. Me colé dentro.

—Eh, usted. ¡Salga de aquí! —dijo. Empujé la puerta y la cerré. Sus ojos chispearon furiosos.

—Naipes boca arriba, Evita. Soy Steve Bannion, investigador.

—Un detective.

—Resulta mejor así, ¿verdad?

—¿Y qué quiere, suponiendo que efectivamente sea lo que dice?

Miré al *living*. Era hermoso, con muebles caros, con un tocadiscos que desparramaba por la habitación las notas sincopadas de un «*twist*».

—No está mal —dije—. A Fisher le debe costar esto mucho dinero.

—¿A qué Fisher se refiere?

—Vamos, Evita, mi presencia aquí, ¿no le sugiere que estoy informado de algunas cosas?

—Márchese.

Ocupé un sillón y crucé las piernas.

—Le ofrezco un cigarrillo a cambio de un trago.

—No he conocido a nadie con la cara tan dura como usted —exclamó—. Si no se va ahora mismo, aviso a la policía.

—¿Se atrevería?

—Ahora lo verá —caminó hacia la mesita donde descansaba el teléfono. No me moví del sillón.

Atrapó el micro y acercó su otra mano al dial.

Le di una orden telepática y se quedó quieta, como si un misterioso radar de su cerebro hubiese captado la onda.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿No se acuerda? Iba a llamar a la poli.

Me miró un rato en silencio. Finalmente dejó el auricular en la horquilla y cruzó los brazos.

—Está bien, Cannon.

—Bannion —le repliqué.

—¿Cuál es el objeto de su visita?

—Estoy interesado en Ralph Fisher.

—Aquí no vive él.

—Ya lo sé, pero me dijeron que usted ocupa un lugar en el corazón de Ralph Fisher y pensé que me podría dar un poco de información.

—No le voy a decir nada.

—Sólo pretendo conocer el origen de la fortuna de Ralph Fisher.

—¿Sólo eso?

—Soy un chico que se conforma con poco.

—Esmeraldas.

—Repítalo.

—Las esmeraldas son esas piedrecitas verdes que las mujeres deseamos tanto.

—Entiendo. Ralph Fisher descubrió un filón de piedrecitas.

—Sí.

—¿Dónde?

—En Colombia.

—¿Cuándo?

—Hace dos años.

—Hay tipos suertudos —comenté—. Ralph Fisher se marchó de los Estados Unidos hace cinco años con muy pocos centavos. Se va por esos mundos y da con un yacimiento de esmeraldas. ¿Utilizó el pico o fue con un cartucho de dinamita?

—¿Qué quiere dar a entender?

—El cartucho de dinamita lo mismo sirve para echar abajo un trozo de montaña que para hacer volar una caja fuerte. Me estoy preguntando si Ralph Fisher no utilizaría el segundo procedimiento.

—Piensa que su dinero puede proceder de un asalto.

—Con ciertos tipos, nunca se puede saber.

—Puede descansar a ese respecto. Le aseguro que Ralph Fisher logró su fortuna legalmente.

—¿Vio usted su mina?

—No.

—Pero usted lo cree, ¿verdad? Cree que efectivamente es un tipo que debe su fortuna a las esmeraldas.

—Oiga, señor Bannion. Conocí a Ralph en Barranquilla.

—¿Qué hacía usted en Barranquilla, Eva?

—Era la primera estrella de un espectáculo de revista.

La imaginé con un sucinto vestido y las piernas enfundadas en medias de malla. Aposté a que los tipos de Barranquilla no habrían dejado una butaca sin ocupar mientras Eva Chacón actuó en aquella localidad.

—¿Ya había dado Ralph con su filón por aquel entonces?

—Sí, desde luego.

—Fue lo que él dijo, ¿verdad, Eva?

—Otras personas me lo confirmaron. Nunca me he contentado con lo que me han dicho.

—¿Y cómo hizo la comprobación en el caso concreto de Ralph

Fisher?

—Fui a la mejor fuente. Tenía amistad con un oficial de la policía de Barranquilla. Fue él quien me explicó que Ralph Fisher poseía una gran fortuna y que la había hecho gracias al descubrimiento de un rico filón de esmeraldas.

—¿Y quién le dice que ese oficial de policía no estaba de acuerdo con Ralph Fisher?

—¿Por qué?

—Los hombres se valen de otros hombres para apuntalar sus fábulas.

—Si yo fuese tan escéptica como usted no creería en nada. Pero también pedí un informe bancario.

—¿Y qué le dijeron en el Banco?

—Me citaron una cantidad muy aproximada al medio millón de dólares.

—Vaya, el señor Fisher es, efectivamente, un hombre acaudalado.

—Y ahora que ha satisfecho su curiosidad, ¿me va a dejar tranquila?

—Prefiero quedarme.

—¿Por qué?

—He de ver a su amigo.

—Vaya a su casa.

—Ya fui, Eva, y no me gustó lo que me ocurrió a la salida. Intentaron retirarme de la circulación.

—¡Oh, no!

—Sí, Eva.

No sabía si la chica estaba haciendo teatro. Después de todo, debía de tener en cuenta que Eva Chacón había trabajado sobre un tablado y, probablemente, había sido durante muchos años, porque ahora debía frisar en los veintisiete o veintiocho. Seguro que la morena estaba rodando por el mundo desde que tuvo edad de ponerse el primer corpiño, y eso, a juzgar por su desarrollo, debió ocurrir cuando estaba por los doce o los trece.

—Su amigo Ralph Fisher está mezclado en un asunto que huele mal. Un tal Sam Byrd se fugó de presidio y parece que lo hizo con el único y exclusivo objeto de ajustar cuentas con Fisher. Sam Byrd fue ametrallado. ¿No lo leyó en los diarios?

—No leo nunca la Prensa.

Oí la jaula del ascensor y me levanté del sillón yendo hacia la pared.

—¿Qué hace, señor Bannion?

—Cállese ahora. Me gustan las sorpresas.

Abrióse la puerta, y Ralph Fisher penetró en la estancia.

Vio a Eva en el centro de la habitación mirando hacia mí y se volvió bruscamente. Le dirigí una sonrisa.

—Hola, Ralph.

Fisher entornó los ojos.

—¿Otra vez usted?

—Sus muchachos no hicieron el trabajo muy bien.

—¿A qué trabajo se refiere?

—A meterme en el fondo del lago.

—Usted desvaría, Bannion. No sé una palabra de eso.

—Me atraparon después que lo visité en su casa.

—¿Quiénes lo atraparon?

—Dos tipos. Elmer y Bill, aunque tengo la sospecha de que sus nombres no son éstos.

—Le hice la descripción de los dos fulanos.

Fisher denegó con la cabeza.

—Esos hombres no trabajan para mí. No los he visto en toda mi vida.

Era un juego la mar de divertido. Muy pronto me dirían que yo lo había soñado. Elmer y Bill no pertenecían a la pandilla de Miles Brinleck. Tampoco trabajaban para Ralph Fisher. Si seguían así las cosas, me harían creer que eran dos locos escapados del manicomio y que sólo deseaban acabar conmigo porque yo fui el primer tipo que habían encontrado en su camino.

Pero tenía otras armas que utilizar contra Fisher.

—Vamos a dejar de momento eso, Fisher —le dije—. Contésteme a unas preguntas.

—No le contestaré a nada.

—Es necesario, Fisher.

—Le voy a dar un consejo; Bannion. Apártese de mi camino.

—No puedo apartarme, Fisher. Aunque, por lo que a mí respecta, me gustaría estar tan alejado de usted que no me diese ni el olor.

Me tiró el puño derecho.

Le atrapé por la muñeca y me aparté a un lado, bajándole bruscamente el brazo y llevándoselo a la espalda.

Fisher tuvo que darse impulso para evitar que el brazo se le quebrase, y golpeó el suelo con los cuartos traseros.

Eva Chacón lanzó un grito, pero se quedó dónde estaba.

Me agaché sobre Ralph y le extraje una pistola de la funda que llevaba bajo la axila. Su rostro estaba cárdeno porque le costaba trabajo llevar aire a los pulmones.

—*Whisky*, Eva —pedí—. Dos raciones.

Se fue a la cocina y oí el tintineo de los vasos. A poco regresó con ellos.

Le alargué uno a Fisher y de pronto me soltó un manotazo. El vaso se hizo añicos derramando su contenido.

Bebí un trago mientras Fisher se levantaba rezongando una maldición.

—Le haré pagar esto, Bannion.

Levanté la mano con que esgrimía la pistola, y el cañón le golpeó en la barbilla. Ralph retrocedió hasta tropezar con un sillón, donde cayó desplomado.

—No me gusta que me amenacen —dije—. Especialmente cuando dirijo la fiesta.

—¿Qué quiere, Bannion? Ande, dígalo pronto. ¿Qué quiere?

—¿Es cierto que Sam Byrd se citó con usted después de huir él de la cárcel?

—Sí.

—¿Dónde se vieron?

—En un bar de la costa.

—¿Qué parte de la costa?

—En Huntington Beach.

—¿A qué hora fue la cita?

—A las cuatro de la tarde.

—¿De qué día?

Me miró con ojos furiosos.

—¿De qué día iba a ser? Sólo pudo ser ayer, y usted lo sabe.

—¿Para qué lo citó Sam Byrd en Huntington Beach?

—Sam Byrd estaba chiflado.

—¿En qué consistía la chifladura de Sam Byrd?

—Aseguraba que yo le robé su mercancía.

—¿Qué mercancía?

Fisher no contestó al pronto. Sacó un pañuelo que se pasó por la cara.

—Oiga, Bannion...

—¿Qué mercancía?

—Quiero contratarlo, Bannion.

—Sólo ha de contestar a mis preguntas. Dejaremos la continuación para después. ¿Le parece?

—Se refería a unos paquetes de vitamina B — 12.

—¿Qué?

—Vitamina B — 12.

—¿A quién le quiere tomar el pelo?

—Lo crea o no, es así.

—Sería heroína, morfina, cocaína, cualquier droga...

—Era Vitamina

B-12...

¿Sabe cuánto es el valor de un quilo de ese producto?

—Nunca he necesitado reconstituyentes. Dígamelo usted.

—Un quilo vale cuarenta mil dólares y Sam Byrd, antes de que usted le enviase a la cárcel, tenía en su poder un *stock* de doce kilos. ¿Lo entiende? En aquel tiempo eran unos trescientos cincuenta mil dólares, pero luego subió. Ahora esos doce kilos valdrían cuatrocientos mil dólares.

Sí, quizá estuviese diciendo la verdad. De todas formas podría saberlo enseguida. Uno de mis amigos es químico.

Sacudí la cabeza.

—De modo que usted sabía el escondite de ese *stock* y se lo limpió a Byrd.

—No.

—Usted era muy amigo suyo antes de que Sam fuese a parar a la cárcel. Naturalmente, él le informó del escondite. Usted se largó a América del Sur, dejó correr algún tiempo y luego se dejó caer por aquí, pero hizo el viaje de incógnito. Se apoderó de los doce quilos de la vitamina B —12 y se largó a Colombia.

—¿Qué cuento es éste?

—Una vez en Colombia vendió la mercancía y se dedicó a colocar la patraña de que había dado con un filón de esmeraldas.

Fisher miró a Eva.

—¿Qué le has contado?

—Quiso saber el origen de tu fortuna.

—No has debido decirle nada. Me eché a reír.

—Bueno, Fisher, está cazado. Sam Byrd quiso recuperar lo que era suyo. Por eso se fugó de la cárcel al saber que usted había regresado. Sam se debió enterar de algún modo de que la vitamina B —12 ya no se encontraba en el lugar donde la había dejado y sacó sus conclusiones. Usted era el único que podía habérsela limpiado.

—No, Bannion. Se equivoca.

—Después de todo, Sam le pidió poco. Se conformaba con la mitad del dinero. ¿Por qué no se lo dio usted? Conozco la respuesta. Es la ambición. Lo quería todo para sí.

—Sólo está diciendo tonterías, Bannion.

—Usted dijo a Sam, en Huntington Beach, que estaba conforme con largarle la mitad. Lo citó la noche pasada cerca del aeropuerto municipal para darle el dinero, pero lo que hizo fue enviarle unos cuantos muchachos para que lo rociasen con plomo.

—No hice tal cosa. Le juro que no.

—Asesinó al que fue su mejor amigo.

—¡Cállese, maldita sea! Efectivamente, Sam Byrd creía que yo era el hombre que le había robado la mercancía. Por eso fui a Huntington Beach para hablar con él. Le juré que yo no había tocado su vitamina B —12 y que mi fortuna era realmente producto de mi trabajo y de la suerte. Encontré un filón, pero para explotarlo comercialmente necesitaba organizarme. Eso exigía mucho dinero. De todas formas quise hacerlo, pero los dueños del mercado me ponían constantes dificultades. Al fin no tuve más remedio que claudicar y vender mi mina. Me pagaron quinientos cincuenta mil dólares por ella.

—Una cantidad muy aproximada a lo que usted hubiese logrado vendiendo los doce quilos de la vitamina B —12.

—Pura casualidad.

—No me gustan las casualidades cuando hay por medio un asesinato.

—Le estoy contando la verdad. Le estoy haciendo una confesión en toda regla.

—Usted no sabe que se contradice.

—¿Qué quiere decir?

—¿Citó o no a Sam Byrd en el aeropuerto?

—Sí, lo cité.

—Usted le iba a dar la mitad de su dinero o al menos los documentos de esa cesión.

—No, señor Bannion. Yo sólo le iba a entregar cinco mil dólares para que pudiese marcharse fuera del país.

—Sam Byrd dijo a alguien que iba a recibir la mitad.

—Eso es falso.

—¿Qué hay de la chantajista que le sacó la foto con Sam Byrd?

—¿También sabe eso?

—Sí, Ralph. Estoy informado de muchas cosas y todas le acusan a usted. Sacudió la cabeza.

—Ojalá me hubiese quedado en América del Sur.

—Sólo está dándose tiempo para contestar.

—Una mujer me llamó diciendo que había tirado una placa de mi entrevista con Sam Byrd en Huntington Beach. Me pidió veinticinco mil dólares por el clisé. Yo no estoy acostumbrado a esas cosas. Creí a pies juntillas que sería cierto, de modo que di mi consentimiento. La mujer no dijo su nombre, pero quedamos citados en mi casa. Pero óigame bien, señor Bannion. Esa mujer no acudió a la cita. No he vuelto a saber nada de ella.

—Claro que no ha vuelto a saber nada de ella. Sus hombres la despojaron del clisé y usted, una vez lo tuvo en su poder, lo quemó.

—No, Bannion. No lo tengo en mi poder. Por eso hablé antes de contratarlo. Quiero que me defienda.

—¿Contra quién?

—Naturalmente contra la chantajista, contra los que me quieren presentar como asesino de Sam Byrd.

—Usted no necesita mi ayuda.

—Sí, señor Bannion. La necesito. No maté a Sam Byrd, y, por lo que veo, lo han preparado de forma que yo sea el culpable. Tengo la impresión de que esa mujer dijo la verdad con respecto a haber sacado la fotografía en que aparezco junto a Sam Byrd. ¿Se da cuenta? Esa foto servirá como prueba de que soy el asesino de mi amigo... Con toda seguridad, la mujer se ha dado cuenta de que puede sacarme mucho más de veinticinco mil dólares. Por eso no

vino a mi casa.

—No me gusta nada su historia, Fisher.

—Es la única que le puedo contar.

—¿Por qué no reconoce que ha perdido?

—Oiga, Bannion, todo cuanto he dicho es cierto. La pura verdad. ¿Qué iba a ganar con engañarlo ahora?

—El fiscal lo podría acusar en regla por haber ayudado a Byrd a escapar de la prisión.

—No sabía nada respecto a la fuga de Sam Byrd hasta que él me habló por teléfono.

Oiga, Bannion... Le pagaré tres mil dólares si me libra de todo esto.

—Suponga que le creo de momento, que continúo la investigación y que en un momento dado descubro sin lugar a dudas que usted es el asesino.

—No ocurrirá eso.

—Le he pedido que lo suponga.

Tragó saliva y echó mano a la cartera. Extrajo un fajo de billetes que me alargó.

—Aquí tiene mil dólares a cuenta. Si quiere más, le puedo hacer un cheque. Tome el dinero y lo guardé en el bolsillo.

—Le haré un recibo.

—No hace falta. Me basta con su palabra de que se encarga del asunto. Eché a andar hacia la puerta, pero antes de salir giré sobre mis talones.

—Bien, Fisher. Pero recuérdelo. Si usted es el asesino, no le valdrán sus miles de dólares para pagar mi silencio.

Luego me marché de allí.

CAPÍTULO VII

Entré en mi oficina.

No había nadie en la sala de visitas.

Me había quedado sin secretaria dos semanas antes. Se llamaba Nora y era una chica con una figura capaz de hacer tambalear al más sobrio. Ella y yo intimamos mucho, pero cuando le dije que mi porvenir no estaba en el matrimonio, decidió cambiar de oficina y se fue a la de un editor de novelas terroríficas que, según ella, podría ser pronto su marido.

Abrí un cajón y saqué un frasco de *whisky*. Me serví una ración en un vaso de papel y encendí un cigarrillo.

Entonces se abrió la puerta y entró en la estancia el sargento Morgan. No dijo nada, y yo tampoco despegué los labios.

Se vino hacia la mesa y dejóse caer en el sillón de cuero mientras daba un suspiro.

—Siento haberle hecho esperar, sargento —sonreí.

—¿Qué dice? —Enarcó las cejas.

—Usted me vio, entrar y entonces se llegó aquí.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—No me ha dado tiempo ni para revisar la correspondencia.

—Se cree muy listo —rezongó juntando las espesas cejas.

—Ande, sargento, dispáre ya.

—¿Dónde estuvo, Bannion?

Me apoyé en el respaldo del sillón y puse los pies sobre la mesa, una posición muy cómoda. Así es como me relajo.

—¿Espera que se lo diga, sargento?

—Le conviene.

—¿Por qué se ocupa tanto de mí, sargento?

—Quiero saber lo que usted ha averiguado.

—¿Respecto a qué?

—No pregunte. Sabe a qué. A la muerte de Sam Byrd.

—Usted es el sargento Doc Morgan y está precisamente encargado de la investigación que debe tener por objeto dar con los hombres que asesinaron a Sam Byrd.

—No me gusta que eluda mis preguntas, Bannion.

—¿Las eludo?

—No hace más que dar vueltas.

—No espere de mí ninguna respuesta concreta Doc apretó los dientes.

—Oiga, Bannion. Sam Byrd era un canalla y fue muerto por otros canallas. Para mí solo cuenta eso. ¿Lo oye?

Ése era el mejor chiste que había oído en mucho tiempo. El sargento Doc Morgan preocupándose por castigar a la gente del hampa. Sabía muchas cosas de Morgan, como por ejemplo que admitía dinero de ciertos pandilleros, pero él, ahora, se dejaba caer en mi despacho y quería blasonar de policía honrado.

—Oiga, Morgan, vaya con ese cuento al Comisionado. Quizá él le conceda un ascenso. Reinó el silencio durante un rato. Morgan se puso en pie.

—Quería darle una oportunidad.

—¿Para qué, sargento?

—Para que abriese la espita por las buenas.

—Ande, lárguese.

Pero no se largó. Dio la vuelta a la mesa, me atrapó bruscamente por los tobillos y tiró de mí.

Resbalé por la silla y fui al suelo.

Se agachó para tirarme el puño a la cara, pero le disparé la pierna al estómago. Se fue hacia atrás saltando imprecaciones.

Eso me dio tiempo para levantarme.

—Morgan, estese quieto. Hizo una mueca infrahumana.

—Estoy hartos de usted, Bannion.

—Comprendo que esté harto. Usted sólo ve en mí un enemigo.

—Lo es.

—Porque soy honrado, ¿verdad, Morgan?

—¿Usted honrado? —soltó un salivazo a la papelera—. Usted es el detective más puerco que me he encontrado en toda mi vida.

—Si ya se ha desahogado, lárguese.

—No me marcharé antes de que me de su palabra de que abandona este caso.

—¿Por qué tiene tanto interés?

—No confunda las cosas, Bannion. Si usted sugiere que estoy tratando de hacer un favor a alguien, lo llevaré al Departamento para que haga su acusación en regla.

Le sonreí enseñando los dientes.

—No tengo ninguna acusación que hacer, sargento. Pero tampoco me voy a apartar del caso.

—Es usted testarudo, Bannion.

—Sí, creo que lo soy.

—Bien, como usted quiera.

Eché a andar hacia la puerta. Fue a agregar algo antes de salir, pero pegó una dentellada al aire y se escurrió por la puerta cerrando tras él.

Bebí otro trago, esta vez directamente de la botella, y salí a escape.

Vi como la puerta del ascensor se cerraba y entonces eché a correr por la escalera. Al llegar abajo me detuve. El sargento salió de la jaula y se fue a la calle.

Lo vi meterse en un coche negro. No, no era un coche de la policía. Lo conducía él mismo.

Hice una señal a un taxi y me colé indicando al conductor que siguiese al «Ford» negro de Morgan.

Fuimos por el bulevar Adams y luego subimos por Crenshaw hacia La Brea. Pensé por un momento que se iba a dirigir a las colinas de Beverly Hills, pero Morgan torció por Fairfay Avenue, rodeó el Teatro Chino y continuó hacia los estudios de la «Universal», pero luego volvió a doblar por la avenida Bartham.

Se detuvo ante un edificio de apartamentos de ocho pisos que parecía recién construido.

Morgan saltó del «Ford» negro y se coló en la casa.

Me hubiese gustado mucho saber a quién iba a ver. No, el Comisionado no era, ni tampoco a ningún oficial del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Pagué la carrera al taxista y me fui a un bar que había muy cerca, desde cuya puerta se podía ver la casa donde había ido a parar Morgan.

Pedí un *whisky* en el mostrador.

En el local había muchos muchachos jóvenes con cazadoras de cuero, pantalones de *cow-boy*

y botas claveteadas. Todos exhibían largas melenas con mechones que les caían sobre los ojos. También había nenas embutidas en *pullovers*. Las había muy monas, con figuras preciosas, estilizadas:

Una rubita me miró, abanicó las pestañas y echó a andar, pero no vino hacia mí, sino que se detuvo junto al taburete de mi lado, en el que había uno de los muchachitos.

Mientras yo observaba el lugar por donde había de aparecer Morgan, la chica dijo:

—Anda, Franckie, juguemos una partida.

—No, nena.

—¿Por qué, Franckie?

—¿Te atreves a preguntarlo?

—Oye, ¿qué te pasa?...

—Me han dicho que te vieron ayer con Whitney.

—¿Y qué?

—Oye, Joy, no consiento que nadie me tome el pelo. Si te interesa Whitney te largas con él. El ya sabrá colocarte en algún sitio cuando se canse de ti.

—Pero ¿qué tienes contra mí y contra Whitney si apenas hablamos?

—Tú apenas hablas con los demás.

—Está bien, chico, si te lo tomas de ese modo, peor para ti.

No había mirado a ninguno de los dos mientras sostenían su altercado. De pronto una mano se posó sobre mi brazo. Al girar vi que era la chica que respondía al nombre de Joy.

—¿Juega usted?

Miré al muchacho y lo vi muy serio.

Joy estaba señalando una mesa junto a un ventanal y desde allí también podía continuar mi vigilancia. La mesa era una de esas máquinas que impulsan bolas mediante un resorte metálico y que había que meter por unas troneras. Cada agujero una puntuación.

—Está bien —dije.

Metí una moneda por la ranura y salieron las bolas.

Nos pusimos a jugar, pero yo estaba pendiente de lo que ocurría

a la otra parte de la calle.

Joy tenía ochenta puntos cuando yo sólo había hecho treinta y cinco. Cada vez que conseguía meter una bola por una tronera de alta puntuación, se ponía a dar saltos y a palmear.

—Eh, ¿qué le pasa? —me dijo una de las veces—. ¿Por qué se distrae tanto? Sólo hace que mirar a la calle.

—Creí ver una persona conocida —dije mientras despedía una bola que no llegué a meter por ningún agujero.

—Nunca he pegado una paliza tan grande a nadie —dijo sonriente. Cuando terminó el juego me había sacado ciento veinte puntos de ventaja.

Iniciamos un segundo juego y esta vez conseguí que me ganase sólo por setenta y cinco puntos.

Me disponía a meter otra moneda por la ranura cuando vi a Morgan que salía de la casa. Se metió en el coche y desapareció por la izquierda.

—¿Vives por aquí, Joy? —pregunté.

—Sí.

—¿En ese edificio quizá?

Siguió la dirección de mis ojos y se echó a reír.

—Mi padre tenía que ser millonario para eso. Y sólo es un electricista de los estudios de la «Metro».

—¿Conoces a alguien que viva en esa casa?

—Sí, tengo una amiga. Es la mar de divertida... ¿Le gustaría conocerla? Ella viene aquí un rato por las tardes, hacia las siete. Si le interesa preguntar algo acerca de los que viven en ese edificio, ella le podrá dar información.

—¿No podríamos verla ahora?

—No sé si estará en su apartamento.

—¿Por qué no lo compruebas? Titubeó unos instantes.

—Está bien. Le haré una llamada. —Mientras iba a la cabina sonrió alegremente a Frankie, que seguía en su taburete sentado hacia nuestra parte.

Logré hacer un buen disparo metiendo una bola a la primera. Encendí un cigarrillo y entonces regresó Joy.

—Le he hablado de usted a Diana. Dice que puede subir.

—¿Solo?

—¿Cree que se lo va a comer? —rió.

—No, desde luego.

—Le he dicho que usted era un buen amigo mío.

—Gracias, muchacha.

—Cuando salga, si tiene tiempo, le concederé la revancha.

—No creo que eso le gustase a Frankie.

—¿A ese...? Es el tipo más aburrido que he conocido en mi vida.

—Pero a ti te gusta. Y apuesto a que tú también le gustas a él.

—¿De qué sirve eso? Todo le sienta mal.

—¿Cuál es el apartamento de Diana?

—El veinticuatro. Sexta planta.

—No me dijiste el nombre completo.

—Diana Cores.

Le di nuevamente las gracias y, después de abonar mi *whisky* fui al edificio donde había visto entrar a Morgan.

—Eh, ¿a dónde va? —dijo una voz ronca cuando me dirigía al ascensor.

Era el encargado, un tipo de traje verdoso, corbata marrón con el nudo bien hecho.

Poseía una cara alargada y un cabello muy negro.

—Apartamento número veinticuatro. Señorita Diana Cores. Me observó de pies a cabeza.

—Está bien.

Entré en el ascensor y apreté el botón de la sexta planta. Arriba, me encontré en un gran corredor. El Apartamento 24 era el que estaba al fondo, a la derecha.

Pulsé el timbre y me llegó desde el interior el sonido de un carillón.

Abrióse la puerta y en el hueco apareció un bombón de cabello rojizo. Podría tener veintitrés o veinticuatro años de edad y parecía estar preparada para que la fotografiasen con destino a la revista «Bazar». Cubríase con un pijama chino, pantalones negros y blusa en la que había dibujados una pareja de dragones. Poseía un rostro sensitivo, de pómulos altos y mejillas hundidas. Su boca formaba un hociquito.

—No sabía que Joy tuviese amigos tan mayorcitos —dijo tendiéndome la mano. Se la estreché mientras pasaba al interior.

—Steve Bannion —dijo. Me señaló el diván.

—¿*Whisky*?

—Sí.

Sobre una mesa rodante había un servicio de bar. Me preparó un *whisky* con cubitos de hielo y ella se sirvió otra ración.

Después de beber un trago ella dijo:

—Joy me advirtió. ¿Qué es lo que le interesa saber?

—Estoy interesado en un tipo llamado Miles Brinleck.

—¿Miles Brinleck? No vive aquí.

—Pero ¿lo conoce?

—Sí. Un tipo de la planta de abajo trabaja para él.

Así que no había estado desencaminado. Aposté a que era el lugar adonde había ido a parar Morgan.

—¿Cuál es el nombre de ese fulano?

—Valance, Charlie Valance.

No conocía a Charlie Valance, aunque había oído hablar algo de él. Según mis noticias, Charlie era uno de los hombres de confianza de Miles Brinleck.

—¿Qué pasa con él, Diana? Ya sabes, me refiero a si recibe a gente en su piso.

—Tiene mucho movimiento. Me he encontrado con mujeres y hombres que entraban o salían —ladeó la cabeza—. Oye, ¿eres de la policía?

—No. Sólo un detective privado.

—¡Qué maravilloso! Me gustan los detectives privados, ¿sabes? Cuando tenía quince años me enamoré de Alan Ladd y Dana Andrews... de los dos al mismo tiempo... Tú debes correr unas aventuras estupendas.

—No tanto, Diana. Hay de todo —me puse— en pie. —Creo que voy a hacer una visita a Charlie Valance.

—¿Vas a detenerlo?

—No —sonreí—. No tengo nada contra Charlie Valance. Sólo quiero hablar con él un rato.

—No sé si estará ahora.

—Creo que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Los detectives privados tenemos corazonadas —dejé mi vaso en la bandeja—. Fue un buen *whisky*. Gracias.

Me tomó por el brazo cuando pasaba por su lado.

—Oye, Bannion, ¿por qué no vienes otro rato por aquí?

—Podría no gustarle a alguien.

—Mi amigo sólo viene después de las siete. Me pasó el día muy aburrida —se puso de puntillas y proyectó el hociquito—. ¿No te doy un poco de pena?

La besé suavemente.

—¿Sabes una cosa, Diana? No te debes complicar la vida —dirigí una mirada a la habitación—. Y, después de todo, ese amigo no parece portarse muy mal contigo...

—Siempre me está atormentando con sus celos.

—No te olvides de lavar el vaso.

—¿Vendrás, Steve?

—Quizá sí.

Bajé por la escalera y pulsé el timbre de la puerta número doce.

Me abrió una mujer de unos veintisiete o veintiocho años que tenía un gran parecido con la actriz Jayne Mansfield. Su cabello era rabio ceniza.

—¿Está Charlie? —pregunté.

—Sí. En el baño. ¿Es amigo suyo?

—Sí —dije y, antes de que agregase nada más, pasé por su lado y entré en el apartamento.

Oí una voz varonil que cantaba, pero de pronto se interrumpió.

—¿Quién es, Laura?

—Un amigo tuyo.

—¿Cuál es su nombre? Laura me miró.

—Wendell Risso —le dije, y ella lo repitió en voz alta.

Había elegido aquel nombre porque era el de un truhan que un año antes se hizo famoso en Los Ángeles. Risso había tratado de hacerse dueño de los garitos de la ciudad, pero perdió la batalla y al final tuvo que huir a Hawai antes de que lo baleasen. Según mis noticias, Risso continuaba allí.

Tal como esperaba, se produjo un silencio en el cuarto de baño.

—Repítelo, nena —gritó Charlie Valance.

—Risso, Wendell Risso —repitió ella.

Se produjo un chapoteo cuando Charlie Valance salió de la pileta. Luego el tipo se movió muy aprisa y al fin la puerta se abrió de golpe, apareciendo Valance embutido en una salida de baño de mujer. Estaba muy grotesco, porque Charlie, aunque alto, poseía una figura un poco deforme debido a su vientre abultado y a sus

espaldas cargadas.

Se me quedó mirando con ojos entornados, una mueca estúpida en su rostro.

CAPÍTULO VIII

—Te la ha pegado, dulzura, te la ha pegado —dijo Charlie Valance.

—¿Qué pasa, Charlie?

—Éste no es Wendell Risso.

—Es lo que él dijo.

—Eres mema. Te lo he dicho unas cuantas veces. Mema.

—Y yo que sé —repuso Laura malhumorada.

—Eh, usted —dijo Charlie—. ¿Quién es?

—Steve Bannion.

Se quedó con la boca abierta.

—¿El detective?

—Sí.

—¿Y qué ha venido a hacer aquí?

—Me cité en su apartamento con el sargento Doc Morgan.

Pensé que ya estaría aquí.

Seguramente se demoró algo.

Charlie continuó inmóvil unos instantes y por último se empezó a frotar el cuerpo con la salida de baño.

—¿Qué juego se trae, Bannion? Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—Se lo diré en presencia de Doc Morgan, Charlie.

—Doc Morgan no va a venir aquí.

—Eso no fue lo que él me dijo.

—Déjese de pamplinas —me apuntó con el dedo—. Oiga, ¿sabe que se está comprometiendo demasiado?

—No sé a qué se refiere.

—En primer lugar no ha debido venir, y, en segundo término, no debe decir cosas como ésa. No conozco al sargento Doc Morgan.

—Vamos, Charlie, viajamos en el mismo barco, al menos de momento. ¿Por qué no es más sensato? Le recordaré un par de

cosas. Doc Morgan es el policía al que tienen comprado. Y usted es uno de los lugartenientes de Miles Brinleck.

—¿Insinúa que tenemos comprado un policía del Departamento?

—Oh, Charlie, perdón. Sin darme cuenta herí sus sentimientos de ciudadano ejemplar.

¿Cómo he podido pensar que un hombre como usted o como Miles Brinleck iban a sobornar a un policía?... —Chasqué la lengua —. No me lo tenga en cuenta.

Metió la mano en la salida de baño y sacó un diminuto revólver.

—Ya basta, Bannion —dijo.

Uno comete siempre equivocaciones. Se propone sacar experiencia, tenerlo en cuenta para otra vez, pero nunca termina de aprender. Le había mirado el bolsillo y no vi ningún bulto en él. Además, acababa de salir del baño. Pero Charlie Valance era un tipo que había llegado a gozar de la confianza de Miles por alguna cosa. Y allí tenía la respuesta. Era hábil. Muy hábil.

Me puse en pie.

—Quédese ahí —dijo.

—Ya me iba.

—No. Ahora no se irá.

—¿Qué quiere, Charlie?

—¿Por qué vino aquí?

—Pensé que me podía dar información.

—¿Respecto a qué?

—Sam Byrd.

Rió arrugando la nariz.

—¿Todavía sigue con eso?

—¿Qué tiene que contarme?

—Nada. ¿Lo oye? Nada —se mordió el labio inferior—. El jefe ya me notificó que usted lo había molestado con una llamada. ¿Y sabe lo que me dijo? Que si usted volvía a hacerlo nos ocupásemos de recordarle que no salga de su basurero.

—El jefe tiene buenas ocurrencias.

—Habló antes de Doc Morgan.

—Sí.

—¿Por qué cree que iba a encontrarle aquí?

—Tuve un mal sueño esta noche. Vi a Doc Morgan en compañía de ustedes.

—Hablemos claro. Usted se llegó aquí porque vino pisándole los talones a Morgan —se echó a reír—. Estoy admitiendo que él estuvo en el apartamento.

—Me conmueve mucho su franqueza.

—Vino a hacer su apuesta.

—¿Su apuesta?

—Sí.

—No sabía que fuese usted agente de apuestas, Charlie.

—No lo soy. Sólo admito las del sargento Morgan.

—Seguro que acierta muy a menudo.

—Hoy Morgan vino a cobrar. De vez en cuando cobra, cuestión de que el caballo que él elige llegue el primero. Hoy lo hizo y se llevó quinientos machacantes.

—Tengo que darle la enhorabuena a Morgan por su vista. Se quedó serio.

—Oiga, Bannion, ¿sabe que también usted tuvo suerte?

—¿De veras?

—Su caballo también llegó en cabeza. Y los tres boletos que tomé por usted rindieron mucho. Anda, nena, llégate a la mesilla de noche y tráeme un par de fajos de billetes.

La chica se metió en un cuarto y al poco regresó con los dos fajos.

—Tómelos, Bannion —dijo Charlie—. Son mil machacantes.

—De modo que tuve más suerte que Morgan.

—Morgan es un tipo con muy pocas agallas. Nunca le gusta arriesgarse demasiado.

—¿Cuántas veces cree que voy a acertar al mes, Charlie?

—No le aceptaré una apuesta hasta pasada una buena temporada. No se debe abusar de la suerte. Atrape esos mil dólares y gástelos fuera de Los Ángeles. Por ejemplo, en Miami. Ese dinero le permitirá permanecer allí durante una semana. Dos si no es muy dispendioso.

La rubia de cabello color ceniza me estaba alargando los billetes, pero yo no los cogía.

—¿Qué le pasa? —dijo Charlie—. Guarde ese dinero en el bolsillo y tome el primer avión para Miami. Yo, en su lugar, ni siquiera pasaría por mi apartamento. Me equiparía una vez llegase.

—No, Charlie.

—¿Qué dice, Bannion?

—Ahora recuerdo que usted está equivocado.

—¿Sí?

—No aposté en ninguna carrera. Entornó sus ojillos porcinos.

De pronto me disparó la zurda a la cara.

Logré echarme atrás, pero no impedí que sus nudillos me rozasen la nariz. Retrocedí sintiendo que las lágrimas acudían a mis ojos.

—Estese quieto o lo balearé, sabueso —dijo.

Me estuve quieto y él se acercó con el dedo en el gatillo.

Estaba claro que no vacilaría en disparar. Aquel revólver debía producir un ruidito suave. Luego le bastaría hacer una llamada y un par de hombres se llegarían allí para retirar mi cadáver.

Me tiró otra vez la zurda, esta vez al estómago.

Logró un impacto bueno y empecé a doblarme. Entonces me soltó un rodillazo a la cara.

En el camino al suelo me golpeó con el dorso de la mano entre el cuello y la oreja. Quedé encogido sobre una alfombra muy confortable.

—Le has dado una buena lección —dijo Laura.

—Sólo ha sido el comienzo. ¿Qué se ha creído este hijo de perra?... Le he dado una oportunidad para que se llene los bolsillos de dinero, pero él es muy honrado.

—Parece que lo es.

—¿Y de qué le sirve la honradez? Dime, ¿de qué? Lo atrapé por el tobillo desnudo y tiré fuerte.

Lanzó un grito mientras se desplomaba.

Gateé hacia él y echó el brazo adelante para utilizar el revólver, pero le estrellé el puño en el plexo solar.

Su mano se abrió dejando caer el revólver y me miró con los ojos desencajados, poniéndose lívido.

Le golpeé con todas mis fuerzas en las narices.

Sentí como cedían sus cartílagos y se fue hacia atrás echando sangre por las fosas nasales.

Oí que la rubia ceniza corría hacia el revólver.

Me arrojé sobre ella antes de que se pudiese volver.

Luchamos. Era muy fuerte, la condenada. Toda una atleta. Dimos un par de vueltas completas sobre la alfombra, Laura sin

soltar el revólver, yo intentando que lo soltase. Al fin quedé encima de ella y le doblé la muñeca.

Su cara se crispó en un gesto de dolor y finalmente el arma quedó en el suelo. Ahora la guardé en el bolsillo y me puse en pie.

—¡Maldito! —dijo.

Charlie Valance no había llegado a perder el sentido. Trataba de restañar la sangre que le brotaba de las narices.

—Arriba, Charlie —dije.

Se puso en pie y dejóse caer en el diván.

—Bannion, está cavando su tumba.

—¿A qué vino Morgan aquí?

—Ya se lo dije. A cobrar una apuesta.

—No está hablando con un tonto, Charlie. Convénzase de que no soy uno de sus hombres. Doc Morgan se llegó aquí para informarle acerca de algo relacionado con Sam Byrd.

Sacudió la cabeza.

—Está bien, Bannion. Se lo airé porque no tiene ninguna importancia.

—Deje que sea yo quien decida eso.

—Doc Morgan_ se llegó para anunciarme que usted seguía trabajando en lo de la muerte de Sam Byrd... Al jefe le sentó muy mal que usted lo importunase con sus preguntas acerca da Sam Byrd y de ciertos muchachos que habían intentado matarlo...

No tenemos nada que ver con lo de Sam Byrd... Al jefe se le ocurrió que Doc Morgan fuese a verlo para que usted nos dejase en paz. Pero, según dijo Morgan, usted no hizo la menor mención de retirarse del caso. Eso fue lo único que me dijo. ¿Está ya satisfecho?

—No. Todavía no.

—¿Qué quiere más?

—La verdad sobre Sam Byrd.

—¿Cuántas veces quiere que le repita que no hemos tenido la menor relación con la muerte de ese tipo?

Se abrió la puerta de golpe y dos individuos entraron en el apartamento. Me retiré hacia la pared apuntándoles con el revólver.

—Pasen y cierren la puerta, amigos.

No conocía a ninguno de los dos. Uno era de mediana estatura, rechoncho, y el otro un poco más alto, de rostro bien parecido y

patillas largas.

—¿Qué significa eso? —dijo el gordito.

«Patillas largas» me señaló con la mano.

—Yo conozco a este tipo. Es Steve Bannion, el detective privado.

—Apártense de ahí, y vuélvanse contra la pared con las manos en la nuca.

—Eh, oiga, no vamos a hacer tal cosa —dijo «Patillas Largas». Levanté el revólver.

—¿Quién dice que no?

Cambié de opinión y se fue hacia la pared, donde ya estaba su compañero. Se dieron la vuelta y pusieron las manos en la cabeza.

Miré a Charlie Valance.

—Oiga, Charlie, atrape el teléfono.

—¿Qué quiere?

—Atrápelo, le digo.

Tomó el auricular con mano temblorosa. Sus narices habían dejado de echar sangre.

—Oiga, Bannion, todavía está a tiempo de marcharse. Hágalo ahora que puede.

—Marque el número de la comisaría y pregunte por el teniente Reywall.

—¿Qué dice?

—Me ha oído perfectamente. Teniente Reywall.

—No conozco el número. Se lo di y luego agregué:

—Tiene tres segundos, Charlie. Si no obedece le meto una de sus propias balas en el cuerpo. Le aseguro que no vacilaré.

En su cara se reflejó el temor.

—No dispare, haré la llamada. Marcó en el dial.

Patillas Largas empezó a bajar la mano hacia la axila.

—Eh, tu chico. Te estoy mirando. Arriba esa mano o te parto la espina dorsal. Subió la mano con la misma velocidad que un juguete mecánico.

Charlie ya había establecido comunicación.

Con el teniente Reywall, por favor —cubrió el micro—. ¿Qué quiere que le diga?

—Usted le dirá su nombre y luego agregará que Doc Morgan está recibiendo dinero de ustedes.

—Pero ¿qué va a ganar con eso? Usted sabe que eso no es una

prueba contra Morgan...

—No me importa. Usted dirá eso.

—¿Teniente Reywall? —dijo a través del cable.

—Aquí Charlie Valance.

Se interrumpió respirando entre jadeos. Su rostro estaba bañado en sudor.

Desde luego aquella declaración no tendría ningún valor judicial contra Doc Morgan, pero el teniente Reywall sabría sacar las debidas conclusiones.

—Vamos, diga lo que falta —le ordené.

—Teniente Reywall... Le llamo para decirle que Doc Morgan está recibiendo dinero de nosotros.

—Cuelgue —dije.

Entonces retrocedí hacia la puerta.

En los ojos de la rubia ceniza noté un brillo de admiración. Era la primera vez que ella veía a alguien humillar a Charlie Valance y a dos de su pandilla.

Salté fuera del apartamento y cerré.

Ahora empezaba una carrera, ya que el gordito y «Patillas Largas» se precipitarían tras de mí.

Bajé la escalera saltando los peldaños de dos en dos.

De pronto, por una de las esquinas de la segunda planta apareció un tipo con pistolón en la mano, con el que me apuntó.

Me detuve como si me hubiesen provisto de frenos hidráulicos.

—¿Por qué tanta prisa, nene? —preguntó el tipo.

CAPÍTULO IX

Era un fulano pequeñajo, de ojos hundidos en las cuencas, bigote finamente recortado, orejas muy largas y caídas como soplillos, nariz en forma de pico, boca corta. Se cubría con un horroroso traje listado y con sombrero de ala corta muy mono, marrón, con una pluma amarilla en la cinta. Estaba para que le hiciesen una foto. Pero quizá antes de dispararse la placa se habría cargado la máquina.

Sentí pasos arriba. El gordito y «Patillas Largas» venían ya en mi persecución.

—¡Sus amigos! —dije, y volví la cabeza.

Conté con que él también miraría. Ésa era mi probabilidad, la única, porque en cuanto llegasen los otros dos, ya podía estar seguro de que me iría derecho al infierno.

Había calculado la distancia y sabía qué lugar ocupaba la pistola. Salté sobre él a ciegas, revolviéndome en el aire.

Cuando tropecé con él todavía estaba mirando hacia la parte superior de la escalera.

Acerté un pleno porque el filo de mi mano se estrelló contra su muñeca. La debía de tener muy frágil. Oí el chasquido del hueso que se quebraba. Lanzó un aullido y se derrumbó.

Caí sobre los cuartos traseros apoderándome de su arma, una pistola que pesaba una tonelada.

Los tipos aparecieron junto a la barandilla con sus armas. Supe que esta vez no se pondrían las manos en la nuca. Sus ojos brillaban febrilmente porque deseaban matar.

Les envié un obús como saludo. Algunos vecinos apostarían a que allí había caído la primera bomba atómica de la Tercera Guerra Mundial.

De pronto vi que el gordito ya no tenía cabeza.

«Patillas Largas» me mandó la píldora.

No me la metió por la boca por verdadero milagro, ya que me rozó la mejilla y se sepultó en la pared.

No quise pecar de ineducado y le correspondí con otra ración. No debió poner el pecho.

Vi como emprendía un corto vuelo y se estrellaba contra la pared.

Por un momento pareció quedar, allí pegado, pero luego empezó a derrumbarse y los músculos de su cara colgaron flácidos.

Ahora es cuando debía escapar de allí como un demonio. Antes de un minuto la escalera estaría llena de policías.

No vi al encargado. Después de los zambombazos habría corrido a esconderse bajo la cama.

Antes de salir a la calle guardé el revólver y acorté el paso.

Una señora de mediana edad, que portaba un carrito con un bebé, se detuvo mirándome con curiosidad.

Le dirigí una sonrisa y ella me ofreció otra. Doblé por la próxima esquina y apreté el paso. A lo lejos oí unos gritos.

Hice una señal a un taxi que pasaba por la calzada y me colé dentro antes de que hubiese frenado. Le di una dirección del centro y el coche corrió.

—Le pagaré doble de lo que marque si le crecen alas. Le crecieron alas.

Abandoné el coche a una buena distancia del edificio donde se ubicaba mi oficina y continué el resto del camino andando.

Empujé la puerta de la sala de visitas e introduje la mano en el bolsillo donde guardaba el revólver de Charlie Valance.

Sentado en un sillón había un extraño tipo que parecía haber salido de una revista de comienzos de siglo.

Era delgado, de unos cincuenta años, cara alargada, bigote a lo Charlot, sombrero hongo y lentes que le cabalgaban casi en la punta de la nariz. Todo él vestía de negro. Sólo su camisa era blanca.

Al verme, se puso en pie de un salto.

—¿Señor Bannion? Terminé de cerrar la puerta.

—Sí.

—Lo he esperado durante una hora. Quisiera hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

Se agachó sobre el sillón en que había estado sentado y descolgó el brazo por la otra parte.

Cuando se volvió a enderezar mostró, una gran valija de cuero negro.

—Tengo la solución del misterio en que se ocupa actualmente.

—¿De veras? De modo que sabe usted quién mató a Sam Byrd.

—Lo sabremos enseguida.

Sonrió otra vez y se acercó a la mesita, donde había unas revistas de seis meses atrás para que mis visitantes se entretuviesen. Dejó la valija sobre la mesa y la abrió extrayendo un extraño aparato con muchas teclas y un par de oscilantes agujas. En el centro estaban los signos del zodiaco, los doce meses del año, los días de cada mes...

—Vea, señor Bannion. He empleado doce años de mi vida en perfeccionar este magnífico invento...

Sólo lo tiene que llevar al lugar donde ha caído la víctima. Luego apretará las teclas correspondientes a la fecha en que la víctima encontró la muerte.

Pasé una mano por la cara. La profesión tiene estas cosas. Tres meses atrás había recibido a un tipo que vendía un procedimiento para matar telepáticamente. Me reí del tipo, pero luego me enteré de que había vendido la idea a un novelista.

—Vea, señor Bannion —dijo el loco de turno—. Cuando usted haya hecho todas esas cosas, esta aguja le señalará un signo zodiacal que corresponderá a la fecha de nacimiento del asesino. Bastará que averigüe usted las correspondientes a todos los sospechosos para que inmediatamente pueda usted pasar la factura.

—¿Cuál es su nombre?

—Marcus Mingus.

—¿Es pseudónimo?

—Marcus Mingus, señor Bannion —repitió levantando la barbilla orgullosamente.

—Bien, Marcus. Se lo compro.

—¿Cuánto?

—Un millón.

—¿Qué dice?

—Un millón.

—Me ofende, señor Bannion. Scotland Yard ya me ofrece tres

millones.

—Yo le doy cinco ahora mismo, pero tendrá que ser a plazos. Un dólar ahora. El resto a dólar al mes.

Mingus se dio mucha prisa en guardar el aparato y echó a andar hacia la puerta. Se volvió con aire solemne.

—Ha perdido su oportunidad, señor Bannion.

—Mañana mismo enviaré un telegrama de felicitación al superintendente de Scotland Yard.

Marcus Mingus dio una cabezada y salió pegando un portazo. Exhalé un suspiro de alivio y pasé al despacho.

Ocupé la silla y saqué el frasco de *whisky*. Pensé durante un rato, pero no sirvió de nada.

De pronto oí que la puerta de la sala de visitas se abría. Otra vez estaba allí Marcus Mingus para aceptar mi oferta. Pero quien entró fue el teniente Milton Reywall.

Se echó el sombrero sobre la nuca y adelantóse hacia la mesa.

—Bannion, ¿se da cuenta de lo que acaba de hacer?

—Sí. Rechacé una oferta para dar con el asesino de Sam Byrd. Figúrese. Se trataba de un invento que me habría dado la fecha de nacimiento del asesino.

—Déjese de decir tonterías.

—Le juro que es cierto —levanté la mano derecha—. El inventor se llama Marcus Mingus.

Me enseñó los dientes muy apretados.

—¿Le pegaron algún golpe en la cabeza mientras hacía de matarife?

—Por favor, teniente. No me ofenda —repuse parodiando al benemérito Marcus.

—Esta vez se la ha ganado, Bannion.

—¿Sí?

—Liquidó a dos hombres, a Dawson Sherman y Humprey Christie.

—Le doy mi palabra de honor de que es la primera vez que oigo esos nombres.

—Naturalmente los mató sin saber quiénes eran. Guardé silencio y levanté el frasco para ofrecérselo.

—Eche un trago, teniente.

Me pegó un manotazo y el frasco se fue por el aire y chocó

contra la pared. No se rompió, pero el poco líquido que contenía corrió por el suelo.

—Le estoy hablando en serio, Bannion. Hasta ahora le consentí muchas cosas y lo defendí en el Departamento, pero ahora...

La ira me royó las tripas.

—¿Quiénes eran Dawson Sherman y Humprey Christie? ¿Cuál era su profesión?

—Trabajaban para Miles Brinleck.

—Le he preguntado por su ocupación, teniente. ¿Eran mozos de bar? ¿Agentes de apuestas?...

Se apretó el puente de la nariz.

—Pistoleros.

—¿Conoce el prontuario de alguno de ellos?

—De los dos —hinchó los pulmones de aire—. ¡Maldita sea, Bannion! Sé lo que me va a decir. Sí, eran dos gusanos, dos tipejos con una buena hoja de antecedentes...

—¿Asesinos?

—Nunca se les pudo probar.

—Pero eran asesinos. Mataron, ¿verdad, teniente? ¿A cuántos mataron?

—Dawson Sherman, el gordito, había sido acusado seis veces de homicidio pero en ninguna de ellas se le pudo probar nada.

—¿Cuántas veces fue acusado Humprey Christie?

—Cuatro.

—Y, naturalmente, las cuatro veces fue absuelto. ¿Verdad, teniente?

—Sí —golpeó el puño contra la mesa—. ¡Cállese, maldición! Tiene que admitir que usted los mató.

—No lo admitiré.

—Tiene que hacerlo o me ganaré una buena reprimenda del Comisionado.

—¿Existe acusación?

—No, no existe acusación. Charlie Valance asegura no saber quién fue el hombre que mató a esos dos tipos. ¿Y sabe por qué guarda silencio, Bannion? Yo se lo diré. Porque quieren matarlo ellos mismos. ¿Se da cuenta, Bannion? Si no lo encierro ahora mismo en una celda, la vida de usted no valdrá un centavo.

—No dije nada. —¿Me oye, Bannion?

—Sí, lo oí.

—Confíese y lo encerraré.

—No puedo, teniente. He de atrapar a los asesinos de Sam Byrd.

—¡Al infierno con eso!

—Sam Byrd era mi cliente.

—Oiga, Bannion, llegaré a un acuerdo con usted.

—¿A qué se refiere?

—Vendrá conmigo a la Comisaría, firmará una confesión y permanecerá en una celda hasta que se vea el juicio por la muerte de Sherman y de Christie.

—No, teniente. No puedo aceptar su oferta.

—¿Por qué no?

—¿Quién va a decir que era una legítima defensa? Apuesto a que cuando ustedes llegaron allí no encontraron las armas de los fulanos. Apuesto a que no vieron a un tipo que tenía la muñeca fracturada...

—Sólo había dos cadáveres en la escalera.

—Lo suponía. Lo mismo ocurriría cuando se celebre mi juicio. Miles Brinleck, Charlie Valance y compañía, se volcarían para demostrar que apreté el gatillo contra sus hombres indefensos. Sí, ya sé que mi abogado alegaría el prontuario de esos chicos; pero ¿qué pesaría más sobre el Jurado? ¿Las palabras de mi abogado o las pistolas de los hombres de Miles?... Baje de la nube, teniente. Conozco el veredicto con anterioridad.

Culpable. Sí, yo tendría que responder del homicidio de dos personas. Se lo diré a usted ahora y no lo volveré a repetir más porque será un secreto que me llevaré a la tumba.

Hice una pausa, y el teniente no dijo nada.

—Sí, Reywall. Yo he matado a esos hombres y lo hice en legítima defensa. Les saqué ventaja por fracciones de segundo. Habrá podido comprobar que en la pared hay un orificio de bala. Ese plomo estaba destinado a mí y fue disparado entre los dos que yo envié.

El teniente dio unos pasos por la estancia.

—Está bien. Bannion. Siga adelante con lo suyo, pero no me pida que lo defienda.

—No le pido nada.

Se volvió bruscamente.

—Se cree un tipo único, ¿eh?... Lo puede conseguir todo.

—No, Reywall. Jamás me he creído eso.

—Entonces, ¿por qué infiernos no hace las cosas como los demás?

—Quizá sea algo instintivo.

—No le comprendo.

—Se lo dije ya una vez, teniente. No haga que se lo repita.

—¡Oh, sí! Usted aborrece a los que violan la ley, no pueda consentir que los hombres sean explotados por otros... Y por ello hace todo cuanto está en su mano por impedir tales abusos y crímenes.

—Lo comprendió muy bien.

—¿Para qué cree que estamos nosotros?

—Ustedes cumplen una magnífica misión, teniente, pero tienen sus límites.

—¿No los tiene usted?

—Sí, también; pero gozo de un poco más de libertad que usted. Lo acaba de decir hace un rato. Se iba a ganar una reprimenda del Comisionado y también tiene un capitán por encima y muchos principios que respetar.

—Se está sentenciando, Bannion. ¿Acaso carece usted de esos principios?

—Los tengo, pero hay momentos en que los dejo a un lado para defender mi vida o para atrapar a los que creen que la ley es un pingajo que pueden pisotear cuando les parezca.

Caminó hacia la puerta.

—Le repito lo que le dije antes, Bannion. No durará mucho.

—Tendré cuidado, teniente. Rió con desgana.

—¿Cuántas veces cree que he oído eso mismo?... La última vez fue hace tres días. Se trataba de un muchacho a quien se la habían jurado una de esas pandillas de delincuentes juveniles. Recibimos el soplo de que iban a jugársela al chico. Quisimos protegerlo, pero se encogió de hombros y dijo que sabría cuidarse. Al día siguiente lo encontramos degollado en la orilla del río.

—No soy un muchacho, teniente.

—Oh, no, claro que no. ¿Cómo es posible que lo haya olvidado? Usted es Steve Bannion, el detective privado que todo lo soluciona, el que puede enfrentarse con cualquier *gang* por poderoso que sea.

Claro que usted no es un muchacho... Usted es todo un hombre, un tipo único.

—Hasta la vista, teniente.

—Recordaré sus palabras cuando vaya a identificarle en la Morgue.

—¡Cuánta amabilidad, teniente!

Salió cerrando suavemente. Eso es lo que me gustaba más de Reywall. Sus maneras, su educación. Se veía a las claras que era universitario...

Me entretuve otro rato en pensar.

Estaba claro que el teniente tenía razón. Aquella gentuza me la había jurado. Charlie Valance no descansaría hasta verme metido en una caja de pino. De eso podía estar seguro.

Me cansé de estar en el despacho y decidí salir a la calle.

Al llegar a la acera miré por un lado y otro, tratando de descubrir a posibles seguidores. Pero fue en vano. Quizá lo habían dejado para más tarde. ¿O sería que habían encontrado a unos tipos tan buenos que yo no era capaz de identificarlos?

Poco después me introduje en un restaurante donde di cuenta de una buena minuta. Si me llegaba la última hora, al menos que me pillase con el estómago lleno. ¿No es ésa la costumbre cuando ha de darse la última cena a un condenado a muerte?

Bebí café y pegué fuego a un cigarro de a dólar.

Yo tenía mi plan, pero debería esperar un poco para ponerlo en práctica.

Finalmente me dirigí al local de Lina. Necesitaba escuchar una voz amiga y ninguna mejor que la de ella.

Al entrar en el local no la vi detrás del mostrador. Había ya mucho público por la sala.

Rex, el mozo que atendía la barra, hizo una señal indicándome las habitaciones de arriba. Subí la escalera y crucé el corredor hasta la otra parte.

Abrí la puerta y entré en la habitación.

Creí que la sangre se me helaba en las venas. Lina colgaba de una sogá.

CAPÍTULO X

Cogí un cuchillo de un cajón del armario y trepé a una silla. Pegué un tajo a la cuerda que habían atado al gancho de la lámpara al tiempo que atrapaba con la otra mano a Lina.

La bajé rápidamente al suelo y me di mucha prisa en aflojarle el nudo corredizo que tenía alrededor del cuello.

Pero yo sabía que era demasiado tarde. Su rostro estaba cárdeno.

Su cuerpo frío.

Y su corazón, su pobre corazón, había dejado de latir.

Por entre los dientes asomaba un poco de lengua y sus ojos estaban desorbitados.

Los dedos temblándome, sintiendo los latidos de mi pulso en las sienes, escuchando la congoja de mi pecho, metí aquel trozo de lengua por entre los dientes, le cerré los ojos. Luego estreché a Lina con todas mis fuerzas.

Yo fui el hombre más ingenuo del mundo queriéndole dar un hálito de vida. Lina había muerto.

Lina había dejado de existir. Ya no podría hablar con ella.

Jamás volvería a besar sus labios, a sentir sus caricias. Todo había acabado.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Quizá fueron treinta minutos, o quizá fuese una hora, pero poco a poco todo volvió a ocupar su lugar.

Yo seguía estando en el mismo mundo donde vivían los asesinos de Lina. La habían asesinado para vengarse de mí.

Eso es lo que habían hecho unos hijos de perra, unos malditos bastardos.

Y Lina había sido una mujer buena, maravillosamente humana.

Una mujer que siempre había estado dispuesta a ayudarme.

Aquel mismo día me había dicho que no pudo dormir la noche antes porque había estado pensando en lo que me podía ocurrir.

Temía por mí, por mi muerte. Y la muerte era ella.

Sentí que las lágrimas corrían por mi cara y que luego caían sobre la cara femenina.

—Lina —oí una voz ronca, y era mi voz—. Te lo juro, Lina, te lo juro por lo más sagrado del mundo. Lo pagarán y será muy pronto. Ahora mismo. Te lo prometo, Lina, te lo prometo.

La tomé en brazos y la llevé al dormitorio depositándola en la cama.

Pasé al cuarto de baño y me lavé. Después de secarme di una vuelta por las tres habitaciones.

Salí al corredor. Allí había otras dos puertas. Una de ellas comunicaba con la parte trasera de la casa. La segunda correspondía a una pequeña habitación donde Lina guardaba unos cuantos cachivaches.



Abrí ésta, pero allí no había nada. Luego la otra y bajé por las escaleras.

Se había hecho de noche. Y eso quería decir que había pasado mucho rato junto al cadáver de Lina.

El aire fresco vivificó mis pulmones. Volví a entrar y me dirigí al bar. Hice una señal a Rex, quien se acercó.

Rex estaba por los treinta años y era un tipo con aspecto de malayo.

—¿Cuándo viste por última vez a Lina?

—¿Qué ocurre, señor Bannion?

—Contesta primero a mis preguntas.

—Sí, señor. La vi como cosa de media hora antes de que usted

llegase. Estaba aquí conmigo.

—¿Por qué subió?

—Se produjo una llamada. Usted ya sabe que el teléfono está conectado para que se oiga aquí el timbre. Algunas veces Lina atiende desde aquí mismo las llamadas. Pero otras sube a la habitación del piso.

—Rex, tómame el tiempo que quieras para contestarme, pero piénsalo antes.

—Sí, señor.

—Has de recordar quién subió por la escalera antes que Lina. Se pasó la lengua por los labios y finalmente dijo:

—No vi a nadie subir.

—¿Estás seguro?

—Bueno, yo atendía el mostrador. Alguien pudo subir sin que yo me diese cuenta.

—Es lo que ocurrió, Rex.

—Por favor, señor Bannion. ¿Qué es lo que pasa?

—La mataron.

—¿Qué dice?

—Sí, Rex. La han asesinado —cerré los ojos—. Un maldito la colgó de la lámpara.

—¡Ahorcada!

—Sí, Rex. Ahorcada... como si fuera una delincuente.

—¡Dios mío! Hay que avisar a la policía.

Se volvió para hacer la llamada, pero lo detuve.

—Rex. Será mejor que subas primero. Tienes que ser tú quien descubra el cadáver...

Yo no he estado aquí. Quiero tener un poco de ventaja. Espera unos treinta minutos...

—Van a ser unos treinta minutos muy angustiosos, señor. Pero... no se preocupe.

Seguiré sus instrucciones.

—Gracias en nombre de ella, Rex.

—¿Qué va usted a hacer ahora, señor Bannion?

—He de ocuparme de esos canallas.

Salí de allí, y al cabo de un rato de caminar por, la calle me di cuenta de que iba dando tumbos como si estuviese borracho.

Entré en un bar y bebí dos *whiskies* dobles. Luego fui derecho a

la cabina telefónica.

Disqué el número de Miles Brinleck.

—Casa del señor Brinleck —dijo una voz femenina.

—Con el señor Brinleck, por favor.

—¿Quién lo llama?

—Dígale que es Steve Bannion. Bastará.

Esta vez solo transcurrieron quince segundos para que oyese la voz de Brinleck. Oiga, Bannion, ¿cómo quiere aprender a dejarme en paz?

—La he aprendido, señor Brinleck. Quiero dejarle en paz. Se echó a reír el hijo de perra.

—Bien hecho, Bannion. Sabía que sería razonable.

—Con una condición.

—¿Qué dice?

—Lo dejaré en paz con una condición.

—¿A qué se refiere?

—Deseo entrevistarme con usted.

—¿Para qué, Bannion?

—Si se lo dijese, ¿para qué iba a ser necesaria la entrevista? Rió otra vez.

—No comprendo a qué obedece su actitud, señor Bannion. ¿Se da cuenta de que esa entrevista no le conviene? Tengo mucha gente a mí alrededor.

—Precisamente por ello usted no puede temer nada.

—Oiga, Bannion, confieso que es la persona más original del mundo.

—Voy hacia allá, Miles.

—No.

—Creí que había accedido.

—No tengo inconveniente en reunirme con usted, pero ahora no puede ser.

—¿Por qué no? ¿Qué inconveniente hay?

—He de asistir a una fiesta que da en su residencia el senador Sloane para festejar a unos políticos recién llegados de Washington.

—¿Cuándo entonces?

—Creó que terminaré a media noche. ¿Le parece bien a las doce y media en mi casa?

—Magnífico, Miles. Estaré a las doce y media en punto.

—Eh, Bannion.

—Diga. Le escucho.

—Habrá un hombre esperándole a la puerta.

—Conozco el camino, no me perderé.

—No se trata de eso. No me gusta la gente que porta armas. El hombre que lo reciba estará encargado de pedirle a usted sus pistolas. ¿Tendrá algún inconveniente en entregárselas?

—Ninguno, Miles. Mi entrevista con usted es puramente amistosa. ¿Para qué iba a necesitar una pistola?

—Hasta luego, Bannion. Colgó y luego lo hice yo.

Otra vez a solas en la cabina, sentí que la ira me corroía el corazón.

En aquellos momentos sólo pensaba en destruir a los hombres que habían sido capaces de quitarme a Lina para siempre.

Tomé la guía telefónica y busqué el nombre de Sloane informándome de su dirección.

Fui de nuevo al mostrador y bebí otros dos *whiskies* dobles. Dicen que se bebe para olvidar, pero yo no quería apartar de mi mente que Lina estaba muerta. Quería seguir pensando en ella, recordarlo cuando estuviese enfrentado a los asesinos. Quería verlos arrastrarse por el suelo con una bala en la barriga, llorando, pidiéndome a gritos que les agujerease la cabeza, que acabase con ellos de una vez...

Todavía era temprano. Las fiestas de los senadores empiezan tarde y a mí no me interesaba llegar demasiado pronto.

Caminé por callejuelas oscuras, mal iluminadas.

Crucé junto a zaguanes por cuyos huecos me llegaban besos de amor. Y eso me hacía recordar los besos de Lina.

Pasé junto a farolas donde había mujeres que se interponían en mi camino guiñándome un ojo, sonriendo.

Y sus sonrisas me recordaron las de Lina.

No, no lo podía olvidar. No lo podría olvidar jamás, aunque viviese un millón de años.

De pronto me di cuenta de que había llegado cerca de la residencia del senador Sloane.

Me pilló casi de sorpresa, porque sólo mi instinto había guiado mis pasos.

El portal estaba abierto. Pasó un coche. La entrada estaba difícil

porque había dos tipos que cuidaban de ese detalle.

Esperé diez minutos, y la llegada de los coches se hizo más continua.

Desde la esquina donde me encontraba crucé la calle en semicírculo y fui a parar a la parte trasera del último coche que se había detenido.

Lo que iba a intentar era cuestión de suerte, aun cuando podía probar con otro coche. Tiré de la manija del portaequipajes y acerté porque estaba abierto. Pasé al interior. El viaje fue corto.

El coche se detuvo, pero luego continuó su camino hacia la playa de estacionamiento.

Sonó una portezuela y luego oí voces. Esperé un par de minutos y al fin empujé la tapa y me deslicé fuera.

Caminé hacia la casa y vi que en la puerta del porche un hombre recogía las invitaciones.

Fui por un costado hacia la parte trasera.

Vi un par de hombres ante una terraza donde se veían algunos invitados. Seguí junto al muro y salté un seto.

El más próximo centinela estaba a unas cinco yardas. Esperé un rato y, de pronto, vi que el tipo salía de su inmovilidad y se ponía a pasear.

Primero vino hacia mi escondite, pero a mitad de camino se volvió y fue al otro lado. Entonces reemprendí la marcha, salté por la balaustrada y entré en el salón.

Allí debía haber más de un centenar de invitados. Algunos llevaban trajes de *smoking*, pero otros parecían haber acudido a la fiesta después de haber abandonado su despacho.

Tomé una copa de champaña de una gran bandeja qué portaba un criado. Era un champaña inmejorable, digno de un senador.

Una pelirroja que había gastado muy poca tela en cubrir las maravillas de su cuerpo se vino hacia mí.

—Celebro verle de nuevo, señor Gaynor. Cambié un apretón, sonriéndole.

—Yo también estoy encantado de verla a usted —y era verdad porque tenía mucho que ver.

—Es usted un pillín, señor Gaynor.

Me han dicho muchas veces que lo soy, pero me pregunté por qué lo diría la pelirroja.

—Jamás lo he visto hasta ahora en una fiesta con su esposa.

Aquel señor Gaynor al que ella se refería debía de ser, efectivamente, un pillín. Fui a buscar una excusa, pero ella no me dejó.

—Debo aprovechar la oportunidad, ¿verdad? —Y se colgó de mi brazo.

—Magnífico —convine.

—Venga, he encontrado un escondite.

Abrió la puerta de una habitación, pero su escondite había sido descubierto con antelación por una pareja que se besaba en un diván.

—¡Oh, qué descaro! —dijo la pelirroja, y me hizo retroceder.

La sonrisa se me heló en los labios cuando vi a lo lejos, entre cuatro caballeros, a Miles Brinleck.

Lo conocía perfectamente porque había merecido el honor de salir fotografiado en los diarios. Estaba por los cuarenta y cinco años y era alto, de rostro que parecía cincelado, la nariz aguileña, el mentón firme, cuadrado. También se cubría con un *smoking* de buen paño y mejor corte.

Lo estaba pasando en grande porque sonreía divertido. De entre el grupo, él parecía ser el hombre de más categoría, a juzgar por sus gestos imperiosos.

Aqué! era el tipo por el que yo había ido allí. Un hombre se detuvo ante nosotros.

—Hola, Katy —saludó—. Hace mucho tiempo que no te veía. Estás más hermosa que nunca.

Katy le sonrió.

—Gracias, Tim.

—¿Podré bailar contigo luego?

—Claro que sí.

El tipo se marchó y entonces me llevé a Katy hacia la escalera central.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Katy.

Al llegar arriba empujé una puerta. Era un dormitorio.

—¡Johnny!... —Se puso de puntillas y me besó en la boca.

—Quiero que me hagas un favor, Katy.

—¿De qué se trata?

—¿Conoces a Miles Brinleck?

—Sí, le conozco.

—Quiero hablar con él respecto a un negocio. Es muy importante para mí. Acabo de verlo abajo y ésta es mi oportunidad para que juegue los naipes. ¿Podrías traérmelo?

Entornó los ojos.

—¿Qué me vas a dar a cambio?

—Lo que tú quieras.

—Voy a ser muy exigente.

—Te esperaré —dijo, y la empujó hacia fuera.

Empecé a pasear por la estancia mientras fumaba un cigarrillo. Transcurrieron quince minutos.

De pronto oí pasos en el corredor. Me arrimé a la pared.

Abrióse la puerta y entró la pelirroja seguida de Brinleck.

—Querida, eres muy impulsiva —dijo Miles. Ella se volvió e hizo una «O» con los labios.

—Caramba, si está aquí Johnny Gaynor. Creo que ya lo conoces, Miles.

Miles se volvió hacia mí, y la sonrisa que había en sus labios se convirtió en una mueca.

—¿Gaynor? Tiene un ligero parecido. Pero este hombre no es Gaynor, Katy. La pelirroja hizo un auténtico gesto de sorpresa.

—¿Qué dices, Miles?

—Vámonos de aquí, Katy —dijo el jefe del *gang*, y fue a abrir la puerta, pero pegué un envión a la hoja cerrándola.

—Apártese, Bannion —dijo.

—¿Bannion? —interrogó la pelirroja.

—Es Steve Bannion, el detective privado —repuso Miles. Apoyé la espalda en la puerta, y Miles se retiró un paso.

—Confieso que me tragué el anzuelo, Bannion. Todo fue una treta suya. Convino aquella cita, pero sólo pretendía saber cuáles iban a ser mis pasos.

—Pensé que yo iba a hacer un papel muy pobre en su casa. Por ello decidí cambiar el lugar de la cita.

—De acuerdo, Bannion. —Miles miró a la pelirroja—. De modo que tú le has ayudado.

—Yo no sé nada —dijo Katy.

—Dice la verdad —intervine—. Me confundió con el señor Gaynor.

—No me gustan ciertas confusiones.

—A usted no le gustan muchas cosas, Miles, por ejemplo, que le llagan preguntas.

—No, no me gusta.

—Yo se las voy a hacer.

—¿Coa qué —derecho quiere hacerme un interrogatorio?

Por un momento vi ante mis ojos a Lina colgando del techo y aquel hijo de perra preguntaba con qué derecho le iba a hacer mis preguntas.

Fui hacia él y antes de que pudiese evitarlo le pegué un puñetazo en la cara. Retrocedió a gran velocidad y cayó panza arriba.

Katy lanzó un grito y se precipitó hacia la puerta, pera la atrapé por un brazo y la empujé a un rincón.

—No, dulzura. Ahora no puedes salir.

Miles se puso en pie mirándome con los ojos inyectados en sangre.

—Bannion, usted va a morir.

—Quizá ocurra, pero me lo llevaré por delante. Se lo prometo, Miles.

—¿Qué inflemos quiere? ¿Por qué me persigue? Le dije que no tenía ninguna relación con Sam Byrd.

—Ya estoy harto de oír eso, Miles...

—Y yo estoy harto de usted.

—Quiso vengarse de mí, Miles, y como no me pudo atrapar, quitó del medio a una mujer que era mi amiga.

—¿Qué está diciendo?

—¿Fue cosa de usted o de Charlie?

—No sé nada.

Le tiré la zurda, pero él la burló porque ahora estaba preparado.

Me replicó con un derechazo al estómago y escupí todo el aire que conservaba en los pulmones.

Luego levantó las manos sobre su cabeza para asestarme un golpe en la nuca.

Me desplacé hacia la derecha y levanté el antebrazo cuando él bajaba las manos entrelazadas.

Después le embestí contra la pared, metiéndole el puño en el hígado.

Me lanzó dos directos, uno tras otro, sin ningún resultado, y entonces empecé a castigarle lenta y metódicamente.

No respeté ninguna parte de su cuerpo.

En pocos instantes su cara se convirtió en un horrible máscara.

—¡Pare ya, Bannion! —gimió—. ¡Pare ya, por lo que más quiera! Pero Lina estaba muerta y no me detuve.

Finalmente me encontré sin fuerzas.

Miles se derrumbó suavemente en el suelo.

De pronto oí que se cerraba la puerta a mis espaldas.

—¡Katy! —grité volviéndome.

Pero ella había salido de la habitación.

Tomé a Miles por los brazos y lo arrastre hacia el cuarto de baño. Empapé una toalla de agua y se la pasé por la cara.

—Miles.

Volvió en sí respirando entrecortadamente y me miró con los ojos hinchados.

—Maldito sea, Bannion.

—Confiese que ordenó la muerte de Sam Byrd. Quiero oírle decir que usted conocía el escondite de Sam Byrd.

—¿A qué lugar se refiere?

—Al sitio en que él guardaba los doce kilos de vitamina B-12.

—No sé de qué me habla.

—¿Quiere que lo estrangule, Miles...? Ese *stock* valía cerca de medio millón de dólares. Sam Byrd creyó que el ladrón era Fisher, pero fue usted. Por ello pensó que Sam Byrd terminaría por vengarse de usted. No podía vivir bajo esa amenaza y entonces ordenó su muerte. Sam Byrd se había fugado de la cárcel y era muy difícil que él lo encontrase, pero usted supuso que iría en busca de Fisher. Se dedicó a vigilar a Ralph y de esa forma pudo cazar a Sam Byrd.

Hizo un gesto negativo.

—No, Bannion. Todo eso es un cuento. Jamás me he apoderado de nada que pertenezca a Sam Byrd. Ni siquiera sabía que él hubiese escondido la vitamina

B-12.

Nunca he traficado con eso... Ahora me entero de que esa mercancía vale tanto dinero... Puede creerlo o no, pero es la pura

verdad.

Le puse una mano en el cuello y apreté.

—Usted es duro, Miles; pero yo también lo soy.

—Suélteme. Me está ahogando.

—Es lo que pretendo hacer.

—No, Bannion... No me estrangule.

—Ella fue estrangulada.

—Ha estado hablando de esa mujer... No sé nada de ella. ¡No sé nada, Bannion!

—¿Cuántas veces ha dicho en su vida eso cuando le han preguntado acerca de un ser humano asesinado por sus hombres?

—No, Bannion. No lo haga. Le daré dinero...

—Ya salió lo del dinero.

—No soy el hombre que busca, pero le daré dinero si me deja libre...

—Sólo quiero una cosa. Ya te lo dije antes, pero quizá ahora estés más despierto para comprenderlo. Mataste a Sara Byrd y a Lina Spencer, mi amiga.

—No.

Apreté un poco más el cuello. No, no tenía intención de estrangularlo. Sólo quería meterle el miedo en el tuétano para que escupiese la verdad.

De repente oí que se abría de golpe la puerta del dormitorio. Me enderecé sacando la pistola y salté hacia adelante.

Dos fulanos corrían hacia el cuarto de baño con el arma en la mano.

Uno de ellos disparó alocadamente y la bala pasó muy lejos de mi cabeza. Le metí una bala en el estómago y el tipo dio una voltereta en el aire.

Su compañero se detuvo de pronto para hacer fuego. Ya no podía correr ningún riesgo.

Descargué otra bala, que recibió en la cara, y se tumbó hacia atrás. De pronto oí pasos a mi espalda.

Me dejé caer en el suelo al tiempo que se producía un estampido.

Vi a Miles en el hueco de la puerta con un revólver como el de Charlie Valance en la diestra.

Había fallado el primer tiro gracias a que me aparté de la

trayectoria en la última fracción de segundo, pero ahora iba a corregir su puntería.

Disparé dos veces.

Las dos balas las recibió en el pecho y se fue otra vez por el hueco del cuarto de baño, desapareciendo en el interior.

Miles Brinleck había quedado listo. Fuera se oyeron gritos.

La pelirroja Katy se había encargado de escandalizar.

Abrí una ventana y vi que los dos hombres que estaban de centinelas en la terraza corrían hacia la puerta principal de la casa.

A la izquierda había una enredadera. Quizá no resistiría el peso de mi cuerpo, pero era mi única escapatoria, porque no podría abrirme paso a tiros.

Salté a las ramas y me sostuve bien.

Bajé al suelo y corrí a la playa de estacionamiento. B03 conductores de uniforme me salieron al paso.

—¡Atrás! —dije enseñándoles la pistola. Los tipos obedecieron sin pestañear.

—¿Cuáles tu coche? —pregunté al más alto—. ¡Rápido! La llave. Señaló el coche que estaba más cerca mientras decía:

—Tiene puesta la llave de contacto.

Entré en el coche. El hombre no me había engañado. Puse en marcha el motor y apreté el acelerador a fondo.

Un «Cadillac» que venía por el camino se apartó rápidamente para dejarme paso.

Por fin crucé por el portalón, giré bruscamente el volante y me alejé con la aguja del velocímetro marcando las setenta millas.

CAPÍTULO XI

Apreté el timbre de la puerta y encendí un cigarrillo mientras esperaba. Nadie vino a abrirme.

Hice girar el tirador, pero habían echado la llave por dentro. Llamé otra vez.

Al fin oí pasos al otro lado y luego el chasquido de la cerradura.

Se produjo un hueco y a través de él vi los ojos amoratados de Ruth McQueen.

—Oh, eres tú, Steve.

Terminó de abrir y pasé al interior.

Ruth se cubría con un batín azul. Por el escote vi el encaje del camisón rosado.

—Estaba durmiendo —dijo, y dio un bostezo.

—Siento haberte despertado —repuse—. Necesitaba hablar contigo. ¿Tienes café?

—Y *whisky* también.

—Estupendo.

Me sirvió un *whisky* y se fue a la cocina. Al cabo de un rato regresó con una taza humeante.

Bebí un trago de café.

Ruth se había sentado en el brazo del sillón. El batín se había abierto un poco y yo podía observar la perfección de sus pantorrillas.

—Estás metido en un buen jaleo, Steve. Mataste a dos hombres.

—Sí.

—Lo oí por la radio, aunque no citaron tu nombre.

—La cuenta ha aumentado desde entonces. También he matado a Miles y a dos de sus tipos.

—¡Santo cielo! Querrán despellejarte.

—Ya todo terminó.

—¿Vas... a abandonar?

—No, nena. Resolví el caso. Se puso a parpadear.

—Oh, Steve, eso es maravilloso.

—Sí, querida. Ya sé quién ordenó la muerte de Sam Byrd y, por tanto, quién tiene la mercancía que vale medio millón de dólares.

—¿Quién es, Steve?

—Tú, Ruth.

Hubo un silencio en la estancia. Ella no había hecho ningún gesto de extrañeza.

—Sí, nena. Debo reconocer que tienes un talento de primera categoría. Saltó del sillón y puso rígidos los puños sobre los muslos.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Sabes lo que me gustaría hacer, nena?

—¿El qué?

—Una autopsia de tu madrastra.

—¿Para qué?

—Apuesto a que nos daría las cosas claras. Serviría para trazar tu trayectoria en todo este caso. Apuesto a que fue tu propia madrastra quien te enteró de la existencia del *stock* de Sam Byrd. Y a partir de ese momento pensaste por tu cuenta. Sí, esa cantidad de medio millón de dólares bailó ante tus ojos durante días, durante noches. Y finalmente, te decidiste.

—¿A qué me decidí, Steve?

—A liquidarla a ella y a ir por la mercancía.

—¡Qué tontería!

—Puedo suponer lo demás.

—¿Qué es lo demás?

—Tu madrastra, antes de morir, puso en conocimiento de Sam que tú lo ayudarías a escapar. Y, naturalmente, también le pondría al corriente de que estabas enterada de todo. La fuga se realizó tal como estaba prevista. Naturalmente, Sam Byrd fue a su escondite y se encontró con que allí no estaba la mercancía. Probablemente sospechó de ti, pero le señalaste a Ralph Fisher recordándole que había sido su íntimo amigo.

—¿Qué estupidez es ésa? —chilló—. Si yo hubiese sido la ladrona no hubiese ido a la prisión por Sam.

—Claro que sí, cariño. Tú fuiste a la prisión para ayudar a Sam a

escapar, porque no te interesaba dejarlo allí, sino acabar con él, y te dijiste que si Sam no escapaba ahora, lo haría otro día, y entonces Sam iría en tu busca con todos los demonios del mundo en su cabeza. ¿Por qué ibas a vivir intranquila si podías rematar de una vez la faena? Contrataste a Elmer y a Bill para que lo liquidasen... Por lo que pudiese ocurrir, te interesaba que todo apuntase a Fisher. Sam Byrd te dijo que— había quedado citado con él. Lo seguiste e hiciste la fotografía de su encuentro. No te interesaba realmente lo del chantaje, sino tener una víctima propiciatoria. No, nunca me gustaron las coincidencias, pero en este caso hubo una muy buena para ti con eso de que Ralph Fisher hubiese encontrado una mina de esmeraldas y la vendiese luego por quinientos mil dólares. Todo estaba a tu favor.

—¿Y qué me dices de la paliza que me soltaron, estúpido? ¿Es que no lo recuerdas?

Nos sorprendieron a los dos en mi coche cuando me estabas pegando.

—Elmer y Bill no te pegaron para que les entregases el clisé puesto que lo del chantaje era una cosa inventada por ti. Quizá lo hicieron para que les escupieses un poco más de dinero o porque quisiste evitarte el desembolso que habíais ajustado.

Apretó los dientes.

—Yo sé lo que te pasa. Has fracasado y quieres encontrar a alguien que cargue con todo.

—No, nena. No he fracasado. Apreté las clavijas a Fisher y supe que él no tenía nada que ver con Sam Byrd ni con su mercancía. También hice cantar a Miles Brinleck antes de que se fuese al otro mundo y llegué a la misma conclusión. Miles estaba limpio de culpa con respecto a Byrd. Después sólo he tenido que pensar un rato mientras bebía tinos cuantos *whiskies*.

Entornó los ojos. Sus dedos se crisparon.

Era muy hermosa. Pero también era un demonio.

—Maldita seas... Maldita —le dije—. ¿Por qué tuviste que colgarla a ella? ¿Por qué?

De pronto oí una voz a mi espalda.

—Yo se lo diré, Bannion.

Volví la cabeza. En todo caso existe una sorpresa, incluso para el detective más listo.

El hombre que estaba en el hueco era Charlie Valance y manejaba una pistola en la diestra.

Sonrió de oreja a oreja mientras decía:

—Lina fue informada por uno de mis propios hombres de mis relaciones amorosas con Ruth. Me enteré cuando el bastardo estaba telefoneando a Lina.

Apenas colgó le descerrajé un tiro. Luego me fui a casa de Lina y terminé con ella.

—De modo que fuiste tú...

Siguió sonriendo mientras me apuntaba al pecho.

Tuve que contenerme mucho para no saltar sobre él. Fue una suerte para mí que lo lograra, porque me habría pegado un tiro sin pestañear.

Ruth soltó una carcajada.

—No te ha servido de nada tu talento, Steve —dijo.

—Ahora comprendo el otro aspecto de la cuestión. Elmer y Bill me llevaron a la cabaña de Miles y por eso lo metí en el asunto. Naturalmente, Charlie conocía el lugar.

—Bueno, si ya lo has comprendido todo, estás listo para emprender el viaje.

—Sólo me queda por saber cómo entablasteis relación vosotros.

—Es la mar de sencillo —respondió Charlie—. Ruth comprendió que era demasiado asunto para ella. Necesitaba que la apoyase un tipo con agallas. Fue entonces cuando pensó en mí. Después de todo, uno tiene un nombre. Cuando me explicó el plan, lo acepté porque vi muchas posibilidades.

—Entonces, tú le pegaste la paliza, ¿eh, Charlie? ¿Reñisteis por el botín o es que ella es masoquista?

—Le dije que se estuviera quieta y me desobedeció. Por ello me vi obligado a preparar tu final. Trabaste conocimiento con ella cuando la muy estúpida salió en tu persecución.

—Cállate —dijo Ruth—. No consiento que me insultes. Te he dado a ganar mucho.

—No habrías logrado nada sin mí.

—Te lo crees demasiado, Charlie.

Estaba observando la cara de Charlie. Ahora sus ojos miraron a la joven. Me arrojé sobre él.

Soltó un zambombazo. Sentí que la cara me quemaba. Atrapé la

muñeca armada de Charlie y tiré con todas mis fuerzas.

Se produjo otro estampido.

Charlie gritó mientras caía. Dio una vuelta completa y golpeó la cabeza contra el suelo. Sentí un chasquido y de pronto todo él se estremeció convulsivamente. Se había desnucado.

De pronto se abrió la puerta.

Me volví con el revólver de Charlie en la diestra. Eran Elmer y Bill.

Los dos echaron mano a las axilas y sacaron las pistolas. La que yo tenía se puso a retumbar.

Elmer y Bill danzaron frenéticamente.

No desperdicié una sola bala.

Elmer se escapó por el hueco y cayó en el corredor. Su compañero tropezó con la puerta y se derrumbó allí mismo.

Ruth dió un chillido y se abalanzó sobre mí. Sentía náuseas por todo aquello.

Le golpeé con el puño en el mentón. Fue demasiado fuerte para su fragilidad y se abatió en el suelo sin conocimiento.

Oí voces por la escalera.

Atrapé el auricular y marqué un número.

Oiga, Comisaría, por favor. Con el teniente Reywall...

* * *

Estaba sentado en mi oficina cuando se abrió la puerta y el teniente Reywall entró en la estancia.

Hizo un saludo con la mano y se sentó en el sillón de cuero. Extrajo dos cigarros y me alargó uno.

—Gracias —dije.

Después de arrojar una bocanada de humo, el teniente dijo:

—La chica cantó.

—¿Todo?

—Sí, todo.

—¿Qué promesa le hicieron para conseguirlo?

—Fue cosa de la oficina del fiscal. Usted ya lo sabe.

—Sí, claro. ¿Qué hay de la autopsia de la madrastra?

—Ya la hicieron, pero ella no lo sabe. Usted tenía razón. Murió envenenada... Cianuro. Pero eso no corresponde a nuestra

jurisdicción. Tendremos que trasladarla... ¿Saber que Morgan ha sido objeto de expediente?... Saldrá del Departamento.

Hice anillas con el humo.

El teniente sacó un sobre del bolsillo y lo tiró hacia mí. De pronto alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dije.

Entró una joven maravillosamente bonita.

—Perdón, esperaré... —se disculpó.

—No, señorita —repuse—. ¿Quién es usted?

—Betty Egan. Me envía la academia de secretarias de la señora Mapple.

—Oh, sí, señorita Egan... Permítame unas preguntas.

—Sí, señor.

—¿De dónde es natural?

—De Kansas City.

—¿Vino a Los Ángeles para trabajar en el cine?

—No, señor. Mis padres residen aquí. Papá trabajó en el cine, pero a mí nunca me ha dado por el espectáculo —sonrió echándose atrás una guedeja de cabello.

—¿Edad?

—Veintidós años.

—¿Ha trabajado alguna vez?

—Hasta ahora sólo fui a la Universidad.

—Verá, señorita Egan, un detective privado tiene un horario un poco extraño.

¿Dispone de tiempo?

—Desde luego —tosió suavemente—. No estoy comprometida con ningún hombre.

—Muy bien, Betty. Queda admitida.

—¿No quiere hacerme una prueba?

El teniente la miró de pies a cabeza. Aposté a que él haría muy gustoso la prueba.

—No, Betty. Por ahora basta con eso. Su oficina es la habitación de la izquierda. Tiene una puerta que comunica con el corredor. Encontrará la llave correspondiente en el cajón de la derecha.

—Sí, señor.

La joven se marchó hacia la puerta que le estaba señalando.

—Tiene una carrera en la media —dijo de pronto el teniente. La

joven interrumpió su camino y se miró la pantorrilla.

—¿Dónde? No la veo.

—Perdón, fue un efecto visual.

Naturalmente, Reywall sólo había querido que ella se pusiese en aquella posición para mirarla coa más detalle.

Betty desapareció en su oficina y, cuando la puerta se hubo cerrado, miré a Reywall.

—No venga por aquí durante los dos próximos años, teniente. Se echó a reír mientras se ponía en pie.

—Todos los pillos tienen suerte —dijo.

Cuando quedé solo también me eché a reír. Sí, quizá tuviese suerte con la llegada de Betty. Parecía una buena chica y era lo mejor en morenas que podía servir la academia de secretarias de la señora Mapple.

La señorita Egan llamó a la puerta y pasó a mi oficina.

—¿Sí, Betty?

—Oí que se iba su visitante y he querido hablar con usted.

—¿Respecto a qué?

—Solicité este puesto de la señora Mapple.

—Lo celebro.

—Quiero decir que, desde hace mucho tiempo he seguido sus casos a través de la Prensa...

Poseía unos ojos grandes, negros, que ahora me miraban fijamente.

—Usted es admirable, señor Bannion... Sí, por todos conceptos lo es —quiso agregar algo más, pero se mordió el labio inferior y, dando media vuelta, se marchó otra vez a su habitación.

De pronto me di cuenta de que me había sonrojado. Sí; había enrojecido hasta las orejas. Y era aquella chica, Betty, la que lo había conseguido.

Me prometí que en la primera ocasión la invitaría a almorzar. Quizá fuese el comienzo de algo. ¿Por qué no?

Atrapé el sobre que el teniente había dejado en la mesa. Dentro había dos mil dólares y un papel en el que habían escrito:

«En caso de que me maten, estos dos mil dólares son para pagar los honorarios del detective privado Steve Bannion. Su misión consistirá en atrapar a mis asesinos».

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).